

SAN AGUSTÍN DE HIPONA

CONTRA LA EPÍSTOLA DEL FUN-
DAMENTO DE MANES

Contra Epistolam Manichaei

SABBATISMUS

San Agustín de Hipona (354–430)
Contra Epistolam Manichaei · Contra la epístola del fundamento de
Manes

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego
(Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirI-
gual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan
Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

DE SAN AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE
HIPONA, CONTRA LA EPÍSTOLA DE MANI-
QUEO, QUE LLAMAN "DEL FUNDAMENTO",
UN LIBRO. (C)

Refuta las primeras partes de la Epístola de Maniqueo, demostrando que él, en lugar del conocimiento manifiesto y cierto que prometía, no propone sino delirios inciertos y absurdos a sus seguidores.

CAPÍTULO I.

1. Los herejes deben ser sanados más que perdidos. Al único y verdadero Dios Omnipotente, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas, he rogado y ruego, para que al refutar y vencer vuestra herejía, oh maniqueos, a la cual os habéis adherido quizá más imprudente que maliciosamente, me conceda una mente pacífica y tranquila, y que piense más en vuestra corrección que en vuestra subversión. Pues aunque el Señor, por medio de sus siervos, subvierta los reinos del error, manda, sin embargo, que los hombres mismos, en cuanto hombres son, sean más bien enmendados que perdidos. Y todo lo que por disposición divina se reivindica antes de aquel último juicio, ya sea por medio de los impíos o de los justos, ya por ignorantes o por sabios, ya oculta o manifestamente, debe creerse que no vale para la perdición de los hombres, sino para su medicina; y quienes la rechacen se preparan para el suplicio extremo. Por lo cual, habiendo en esta universidad de las

cosas algunas que valen para la venganza corporal, como el fuego, el veneno, la enfermedad y otras semejantes; otras por las cuales el ánimo es castigado en sí mismo, no por molestias de su cuerpo, sino por los lazos de sus propios deseos, como son el daño, el exilio, la orfandad, la contumelia y cosas parecidas; y habiendo otras que no son tormentos, sino como fomentos y lenitivos de los que languidecen, como las consolaciones, exhortaciones y disputas, y cuantas son de tal clase: la suma justicia de Dios opera algunas de todas estas cosas incluso por medio de los malos ignorantes, y otras por medio de los buenos sabios. Fue, pues, nuestro deber elegir y optar por lo mejor, para tener acceso a vuestra corrección, no en contienda, emulación y persecuciones, sino consolando con mansedumbre, exhortando con benevolencia y disputando con suavidad; como está escrito: Al siervo del Señor no le conviene litigar, sino ser manso con todos, dócil, paciente, corrigiendo con modestia a los que sienten de modo diverso (2 Tim. 2, 24. 25). Fue, pues, nuestro deseo pretender estas partes: a Dios corresponde dar lo que es bueno a los que quieren y piden.

CAPÍTULO II.

2. Causas por las que se debe actuar con más suavidad con los maniqueos. Que se ensañen con vosotros aquellos que no saben con cuánto trabajo se encuentra la verdad y con qué dificultad se evitan los errores. Que se ensañen con vosotros aquellos que no saben cuán raro y arduo es supe-

rar los fantasmas carnales con la serenidad de una mente piadosa. Que se ensañen con vosotros aquellos que no saben con cuánta dificultad se sana el ojo del hombre interior para que pueda contemplar su sol; no este que vosotros veneráis en el cuerpo celestial, que brilla y resplandece ante los ojos carnales de hombres y bestias, sino aquel de quien escribió el profeta: Para mí ha nacido el sol de justicia (Mal. 4, 2); y de quien se dice en el Evangelio: Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1, 9). Que se ensañen con vosotros aquellos que no saben con cuántos suspiros y gemidos se logra que, aunque sea en una mínima parte, Dios pueda ser entendido. Finalmente, que se ensañen con vosotros aquellos que nunca fueron engañados por un error tal cual ven que vosotros estáis engañados.

CAPÍTULO III.

3. Agustín en otro tiempo maniqueo. Pero yo, que por largo tiempo y mucho fui zarandeado, pude al fin contemplar qué es aquella sinceridad que se percibe sin el relato de una fábula vana; yo que, miserable, apenas merecí, con la ayuda del Señor, convencer las vanas imaginaciones de mi mente recolectadas de diversas opiniones y errores; yo que me sometí tan tarde al clementísimo médico que me llamaba y halagaba para limpiar la oscuridad de mi mente; yo que lloré largo tiempo para que la sustancia inconmutable e inmaculada, concordando los Libros divinos, se dignara persuadirme interiormente; yo que, en fin, todas

aquellas ficciones que os mantienen implicados y constreñidos por la larga costumbre, curiosamente busqué, atentamente oí, temerariamente creí, e instigante persuadí a cuantos pude, y pertinaz y animosamente defendí contra otros; de ningún modo puedo ensañarme con vosotros, a quienes debo ahora soportar como a mí mismo en aquel tiempo, y actuar con vosotros con tanta paciencia como actuaron conmigo mis prójimos cuando yo erraba, rabioso y ciego, en vuestro dogma.

4. Mas para que más fácilmente os amanséis y no me os opongáis con ánimo enemigo y pernicioso para vosotros, me es menester alcanzar de vosotros, ante cualquier juez, que de ambas partes se deponga toda arrogancia. Que ninguno de nosotros diga que ya ha encontrado la verdad: búsquemosla así, como si por ambos fuera desconocida. Pues así podrá buscarse diligente y concordemente, si no se cree que ha sido encontrada y conocida por ninguna presunción temeraria. O si esto no puedo alcanzar de vosotros, al menos concededme esto: que os escuche ahora por primera vez como desconocidos, que os discuta ahora por primera vez. Pienso que es justo lo que pido: observando ciertamente esta ley, de que no ore con vosotros, ni celebre conventículos, ni tome el nombre de maniqueo, si no me diereis razón perspicua y sin ninguna tiniebla de todas las cosas pertenecientes a la salvación del alma.

CAPÍTULO IV.

5. Argumentos de la fe católica. Pues en la Iglesia católica, para omitir esa sincerísima sabiduría a cuyo conocimiento llegan pocos espirituales en esta vida, de modo que la conozcan al menos en una mínima parte, por ser hombres, pero sin duda alguna; pues ciertamente al resto de la multitud no la hace segurísima la vivacidad del entender, sino la simplicidad del creer: para omitir, pues, esta sabiduría, que vosotros no creéis que esté en la Iglesia católica, hay muchas otras cosas que con toda justicia me mantienen en su seno. Me mantiene el consenso de los pueblos y las gentes; me mantiene la autoridad iniciada por los milagros, nutrida por la esperanza, aumentada por la caridad, consolidada por la antigüedad; me mantiene la sucesión de los sacerdotes desde la misma sede del apóstol Pedro, a quien el Señor, después de su resurrección, encomendó pastorear sus ovejas, hasta el presente episcopado; me mantiene, en fin, el nombre mismo de Católica, que no sin causa, entre tantas herejías, solo esta Iglesia ha obtenido de tal modo que, queriendo todos los herejes llamarse católicos, si algún forastero pregunta dónde se reúnen los católicos, ninguno de los herejes se atreve a mostrar ni su basílica ni su casa. Estos, pues, tan numerosos y tan grandes y queridísimos vínculos del nombre cristiano mantienen rectamente al hombre que cree en la Iglesia católica, aunque por la lentitud de nuestra inteligencia o el mérito de nuestra vida la verdad aún no se manifieste clarísimamente. Pero entre vosotros, donde no hay nada de esto que me invite y retenga, solo resuena la promesa

de la verdad; la cual, si se muestra tan manifiesta que no pueda ponerse en duda, debe anteponerse a todas aquellas cosas por las que soy retenido en la Católica; pero si solo se promete y no se exhibe, nadie me moverá de esa fe que liga mi ánimo a la religión cristiana con tantos y tales vínculos.

CAPÍTULO V.

6. Contra el título de la Epístola de Maniqueo. Veamos, pues, qué me enseña Maniqueo, y consideremos sobre todo aquel libro que llamáis la Epístola del Fundamento, donde se contiene casi todo lo que creéis. Pues a nosotros, misera- bles en aquel tiempo cuando nos fue leída, se nos decía que éramos iluminados por vosotros. Ciertamente comienza así: Maniqueo, apóstol de Jesucristo por la providencia de Dios Padre. Estas son palabras saludables, de la fuente perenne y viva. Ahora, con buena paciencia, si os place, atended a lo que pregunto. No creo que este sea apóstol de Cristo. Os ruego que no os indignéis ni comencéis a maldecir. Pues sabéis que he determinado no creer nada de lo que presentéis temerariamente. Pregunto, pues: ¿quién es este Maniqueo? Responderéis: Apóstol de Cristo. No lo creo: ya no tendréis qué decir o hacer, pues prometíais el conocimiento de la verdad, y ahora me obligáis a creer lo que no sé. Quizá me vas a leer el Evangelio, y de ahí intentarás afirmar la persona de Maniqueo. Si, pues, encontraras a alguien que aún no cree en el Evangelio, ¿qué harías con quien te dijera: No creo? Yo, en verdad, no creería en el Evangelio si no me moviera la autoridad de la

Iglesia católica. A quienes, pues, obedecí cuando decían: Cree en el Evangelio; ¿por qué no he de obedecerles cuando me dicen: No creas a los maniqueos? Elige lo que quieras. Si dijeras: Cree a los católicos; ellos mismos me advierten que no os preste fe alguna: por lo cual, creyéndoles a ellos, no puedo sino no creerlos a vosotros. Si dijeras: No creas a los católicos; no harás rectamente al obligarme por el Evangelio a la fe de Maniqueo, porque al mismo Evangelio creí por la predicación de los católicos. Pero si dijeras: Rectamente creíste a los católicos cuando alababan el Evangelio, pero no les creíste rectamente cuando vituperaban a Maniqueo; ¿hasta tal punto me crees estúpido que, sin darme ninguna razón, crea lo que quieres y no crea lo que no quieres? Pues actúo con mucha más justicia y cautela si, habiendo creído una vez a los católicos, no me paso a ti, a menos que no me mandes creer, sino que me hagas saber algo manifiesta y clarísimamente. Por lo tanto, si me vas a dar una razón, deja el Evangelio. Si te aferras al Evangelio, yo me aferraré a aquellos por cuyo mandato creí en el Evangelio; y por orden de estos no te creeré en absoluto. Y si por casualidad pudieras encontrar en el Evangelio algo clarísimo sobre el apostolado de Maniqueo, debilitarás para mí la autoridad de los católicos que me mandan no creerte; y una vez debilitada esta, ya tampoco podré creer en el Evangelio, porque a través de ellos había creído en él; así, nada valdrá para mí lo que presentes de allí. Por lo cual, si no se encuentra nada manifiesto sobre el apostolado de Maniqueo en el Evangelio, creeré a

los católicos antes que a ti. Pero si leyeras allí algo manifiesto a favor de Maniqueo, no creeré ni a ellos ni a ti: a ellos, porque me mintieron sobre ti; y a ti, porque me presentas esa escritura en la que había creído por medio de quienes me mintieron. Pero lejos de mí no creer en el Evangelio. Pues creyendo en él, no encuentro cómo pueda también creerte a ti. Pues los nombres de los Apóstoles que allí se leen (Mt 10, 2-4; Mc 3, 13-19 y Lc 6, 13-16) no incluyen el nombre de Maniqueo. Y quién sucedió en el lugar del traidor de Cristo, lo leemos en los Hechos de los Apóstoles (Hch 1, 26): libro que me es necesario creer si creo en el Evangelio, ya que la autoridad católica me recomienda igualmente ambas Escrituras. En ese mismo libro tenemos la historia conocidísima de la vocación y el apostolado de Pablo (ibíd. 9). Léeme ya, si puedes, en el Evangelio, donde Maniqueo sea llamado apóstol; o en algún otro libro en el que yo confiese haber creído ya. ¿O vas a leer aquel pasaje donde el Señor prometió a los Apóstoles el Espíritu Santo Paráclito? Sobre ese pasaje mira cuántas y cuán grandes cosas son las que me retraen y disuaden de creer a Maniqueo.

CAPÍTULO VI.

7. Por qué se llamó a sí mismo apóstol de Cristo. Pregunto, en efecto, por qué el principio de esta epístola es: Maniqueo, apóstol de Jesucristo; y no es: El Paráclito, apóstol de Jesucristo. Pues si el Paráclito enviado por Cristo envió a Maniqueo, ¿por qué leo: Maniqueo, apóstol de Jesucristo; y no más bien: Maniqueo, apóstol del Paráclito? Si

dices que él mismo es Cristo, que es también el Espíritu Santo, contradices a la misma Escritura, donde el Señor dice: Y os enviaré otro Paráclito (Jn 14, 16). Pero si piensas que el nombre de Cristo se puso rectamente por esto, no porque sea el mismo Cristo, que es también el Paráclito, sino porque ambos son de la misma sustancia; esto es, no porque sea uno solo, sino porque son una sola cosa: también Pablo podría haber dicho: Pablo, apóstol de Dios Padre; porque dijo el Señor: Yo y el Padre somos uno (ibíd. 10, 30). En ninguna parte dice esto: pero tampoco ninguno de los Apóstoles se escribe apóstol del Padre. ¿Qué quiere decir, pues, esta novedad? ¿No os parece que huele a no sé qué falacia? Ciertamente, si le pareció que no había diferencia, ¿por qué no se nombra diversamente en otras epístolas apóstol de Cristo y en otras del Paráclito? Pero siempre he oído de Cristo, cuantas veces he oído: del Paráclito, sin embargo, ni una sola vez. ¿Qué causa juzgamos que sea esta, sino porque aquella soberbia, madre de todos los herejes, impulsó al hombre para que no quisiera parecer enviado por el Paráclito, sino de tal modo asumido que él mismo fuera llamado el Paráclito? Así como Jesucristo hombre no fue enviado por el Hijo de Dios, esto es, por la Virtud y la Sabiduría de Dios por la cual fueron hechas todas las cosas, sino de tal modo asumido según la fe católica que Él mismo fuera el Hijo de Dios, esto es, que en Él mismo apareciera la Sabiduría de Dios para sanar a los pecadores: así él quiso parecer asumido por el Espíritu Santo que Cristo prometió, para que ya cuando oigamos

que Maniqueo es el Espíritu Santo, entendamos que es apóstol de Jesucristo, esto es, enviado por Jesucristo, que prometió que lo enviaría. ¡Singular audacia esa e inefable sacrilegio!

CAPÍTULO VII.

8. Cómo Maniqueo es creído el Espíritu Santo por los suyos. Pero, no obstante, pregunto: puesto que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, incluso confesándolo vosotros, están unidos en una naturaleza no dispar, ¿por qué no consideráis torpe predicar que Maniqueo, hombre asumido por el Espíritu Santo, nació de ambos sexos, y sin embargo teméis creer que un hombre asumido por la unigénita Sabiduría de Dios nació de una virgen? Si la carne humana, si el coito del varón, si el útero de la mujer no pudo manchar al Espíritu Santo, ¿cómo pudo el útero de la virgen manchar la Sabiduría de Dios? Es necesario, pues, que este Maniqueo, que se gloria del Espíritu Santo y de la lectura evangélica, os conceda o que fue enviado por el Espíritu Santo o que fue asumido por Él. Si fue enviado, llámese apóstol del Paráclito; si fue asumido, conceda una madre humana a aquel que el Hijo unigénito asumió, si concede también un padre a aquel que el Espíritu Santo asumió. Crea que el Verbo de Dios no fue polucionado por la virginidad de María, si nos exhorta a creer que el Espíritu Santo no pudo ser polucionado por el coito de sus padres. Y si dijereis que no en el útero o antes del útero, sino ya nacido, fue Maniqueo asumido por el Espíritu Santo, basta que confeséis que tuvo carne procreada de varón

y mujer. Pues ya que vosotros no teméis las vísceras y la sangre de Maniqueo procedentes del coito humano, ni los intestinos llenos de estiércol que aquella carne portaba, y no creéis que por todo ello haya sido contaminado el Espíritu Santo por el cual creéis que aquel hombre fue asumido: ¿por qué he de horrorizarme yo ante el útero virginal y los genitales intactos, y no creer más bien que la Sabiduría de Dios permaneció inmaculada y pura en esas mismas vísceras maternas, habiendo asumido al hombre? Por lo cual, ya sea que vuestro Maniqueo se afirme enviado o asumido por el Paráclito, no podrá obtener nada de esto: yo, ya más cauteloso, ni lo creo enviado ni asumido.

CAPÍTULO VIII.

9. El festival del nacimiento de Maniqueo. Pues en cuanto a lo que añadió diciendo: por la providencia de Dios Padre; ¿a qué otra cosa aspiró, habiendo nombrado a Jesucristo, de quien dice ser apóstol, y a Dios Padre, por cuya providencia dice haber sido enviado por el Hijo, sino a que creyéramos que el Espíritu Santo mismo era el tercero? Pues así escribe: Maniqueo, apóstol de Jesucristo por la providencia de Dios Padre. El Espíritu Santo no fue nombrado, el cual debió sobre todo ser nombrado por aquel que nos recomienda su apostolado por la promesa del Paráclito, para oprimir a los inexpertos con la autoridad evangélica. Cuando se os pregunta esto, respondéis ciertamente que, al ser nombrado Maniqueo apóstol, es nombrado el Espíritu Santo Paráclito, porque se dignó venir en él. Pregunto, pues,

como decía arriba, por qué habéis de horrorizaros cuando la Iglesia católica dice que aquel en quien vino la divina Sabiduría nació de una virgen, cuando vosotros no os horrorizáis en nada de que aquel en quien predicáis que vino el Espíritu Santo haya nacido de una mujer mezclada con un varón. Qué otra cosa haya de sospechar, no lo sé, sino que este Maniqueo, que busca acceso a las mentes de los inexpertos por medio del nombre de Cristo, quiso ser adorado por Cristo mismo. De dónde conjeture esto, lo diré brevemente. Como a menudo os preguntara en aquel tiempo en que os escuchaba cuál era la causa de que la Pascua del Señor se frecuentara por lo general sin ninguna celebridad, a veces por unos pocos con una muy tibia, sin vigiliass, sin ningún ayuno más prolongado indicado a los Auditores, en fin, sin ningún aparato más festivo; mientras que seguíis con grandes honores vuestro bema, esto es, el día en que Maniqueo fue muerto, con un tribunal instruido con cinco gradass y adornado con lienzos preciosos, y puesto a la vista y expuesto a los adoradores: cuando preguntaba esto, pues, se me respondía que debía celebrarse el día de la pasión de aquel que verdaderamente había sufrido; pero que Cristo, que no había nacido ni había mostrado carne verdadera sino simulada a los ojos humanos, no había padecido sino fingido la pasión. ¿Quién no gemiría de que hombres que quieren llamarse cristianos teman que la verdad se polucione por el útero de una virgen y no teman por la mentira? Pero para volver al asunto, ¿quién no sospecharía, cuando ha atendido dili-

gentemente, que por eso se niega por Maniqueo que Cristo haya nacido de mujer y haya tenido cuerpo humano, para que su pasión, que es ya el tiempo más festivo de todo el orbe, no fuera celebrada por aquellos que hubieran creído en él, y la solemnidad deseada no honrara con tanta devoción el día de su propia muerte? Pues esto nos era gratísimo en aquella celebridad del bema, que se frecuentaba por la Pascua: porque deseábamos con más vehemencia aquel día festivo, habiéndose restado el otro que solía ser dulcísimo.

CAPÍTULO IX.

10. Cuándo fue enviado el Espíritu Santo. Quizá me digas: ¿Cuándo vino, pues, el Paráclito prometido por el Señor? Aquí, si no tuviera otra cosa en que creer, más fácilmente esperaría que aún hubiera de venir, que concedería que ha venido por medio de Maniqueo. Pero ahora, cuando en los Hechos de los Apóstoles se predica manifestamente el advenimiento del Espíritu Santo, ¿qué necesidad me obliga a creer a los herejes tan peligrosa y tan fácilmente? Pues en el libro mencionado está escrito así: El primer relato, ciertamente, lo hicimos de todas las cosas, oh Teófilo, que Jesús comenzó a hacer y enseñar en el día en que eligió a los Apóstoles por el Espíritu Santo, y mandó predicar el Evangelio. A los cuales se presentó vivo después de su pasión con muchos argumentos de días, fue visto por ellos durante cuarenta días, y enseñando sobre el reino de Dios, y cómo convivió con ellos, y les mandó que no se alejaran de Jerusalén, sino que

esperaran la promesa del Padre, la cual oísteis, dijo, de mi boca. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros comenzaréis a ser bautizados con el Espíritu Santo, al cual recibiréis no muchos días después de estos hasta Pentecostés. Ellos, ciertamente, cuando se reunieron, le preguntaban diciendo: Señor, si en este tiempo te representarás, y cuándo el reino de Israel. Pero Él dijo: Nadie puede conocer el tiempo que el Padre puso en su propia potestad; sino que recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta toda la tierra (Hch 1, 8). He aquí tienes dónde conmemoró a los discípulos de la promesa paterna, la cual habían oído de su boca sobre el Espíritu Santo que había de venir. Veamos ahora cuándo fue enviado. Pues poco después sigue y dice: En aquel tiempo en que se cumplió el día de Pentecostés, estaban todos con la misma animación juntos en uno; y se hizo súbitamente del cielo un sonido como si se llevara un soplo vehemente, e llenó todo aquel lugar en que estaban sentados; y se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, que también se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas, según el Espíritu les daba pronunciar. Había entonces habitando en Jerusalén judíos, hombres de toda nación que hay bajo el cielo. Y cuando se hizo la voz, se reunió la multitud y se confundió, porque cada uno los oía hablar en su propio sermón y en sus propias lenguas. Se estupefacían, pues, y se maravillaban, diciéndose

unos a otros: ¿No son todos estos que hablan galileos de nación? ¿Y cómo reconocemos en ellos el sermón en que nacimos? Partos, medos, elamitas, y los que habitan Mesopotamia, Armenia y Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de África que está hacia Cirene; y los que habían llegado romanos, y judíos, e inquilinos, y cretenses, y árabes, los oían hablar en sus propias lenguas las maravillas de Dios. Se estupendecían, pues, y vacilaban por lo que había sucedido, diciendo: ¿Qué quiere ser esto? Otros, sin embargo, se burlaban diciendo: Todos estos están cargados de mosto (Hch 2, 1-13). He aquí donde vino el Espíritu Santo: ¿qué queréis más? Si se ha de creer a las Escrituras, ¿por qué no he de creer más bien a estas, que están confirmadas por una autoridad robustísima; las cuales merecieron darse a conocer a los pueblos y ser encomendadas a la posteridad y predicarse junto con el mismo Evangelio, donde igualmente creemos que fue prometido el Espíritu Santo? Cuando, pues, leo estos Hechos de los Apóstoles unidos con igual autoridad al Evangelio, encuentro que no solo fue prometido el Espíritu Santo a aquellos verdaderos Apóstoles, sino también tan manifiestamente enviado que no quedaba ningún lugar para errores sobre este asunto.

CAPÍTULO X.

11. El Espíritu Santo dado dos veces. Pues la clarificación de nuestro Señor ante los hombres es la resurrección de entre los muertos y la ascensión al cielo. Está escrito, además, en el

Evangelio según Juan: «Pero el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido clarificado» (Jn 7, 39). Si, por tanto, por eso aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido clarificado, una vez clarificado Jesús, fue necesariamente dado de inmediato. Y por esa misma doble clarificación, según el hombre y según Dios, también fue dado dos veces el Espíritu Santo: una vez después de que resucitó de entre los muertos, cuando sopló en el rostro de los discípulos, diciendo: «Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 22). Y de nuevo, después de que ascendió al cielo, transcurridos diez días: cuyo número significa la perfección, cuando al número septenario, por el cual consisten todas las cosas creadas, se añade la Trinidad del Creador. Sobre estas cosas se tratan muchas cosas piadosa y cautamente entre hombres espirituales. Pero no me apartaré de mi propósito: pues emprendí primero actuar con vosotros de tal manera que no sea yo quien os enseñe, lo cual tal vez consideraríais soberbio; sino como si yo mismo estuviera deseoso de aprender de vosotros lo que en nueve años no pude. Por lo cual tengo las Letras en las que puedo creer sobre el advenimiento del Espíritu Santo; si me prohibís creer en estas, para que no crea temerariamente lo que no sé —pues así soléis advertir—, mucho menos creeré en vuestras letras. Por tanto, o quitad todos los libros de en medio, y disputando exponed la verdad de la que no pueda dudar: o presentad tales libros en los que no se me imponga con arrogancia lo que deba creer, sino que se me exhiba sin fraude lo que deba aprender.

Tal vez, dices, también esta epístola es tal. No quiero, pues, demorarme más en su umbral: veamos el interior.

CAPÍTULO XI.

12. Maniqueo promete la verdad, no la exhibe. «Estas son —dice— palabras saludables, de una fuente perenne y viva; quien las escuche, y primero crea en ellas, y después guarde lo que insinúan, nunca estará sujeto a la muerte, sino que disfrutará de una vida eterna y gloriosa. Pues ciertamente debe ser juzgado bienaventurado quien haya sido instruido por este conocimiento divino, por el cual, habiendo sido liberado, permanecerá en la vida sempiterna». Y esto, como veis, es una promesa, todavía no una exhibición de la verdad: y vosotros también podéis notar muy fácilmente que con ese velo se pueden maquillar cualesquiera errores, para que se introduzcan latente y subrepticamente en las mentes de los inexpertos a través de una puerta adornada. Pues si dijera: «Estas son palabras pestíferas, de una fuente venenosa; quien las escuche, y primero crea en ellas, y después guarde lo que insinúan, nunca será restituido a la vida, sino que será afectado por una muerte penal y calamitosa (pues ciertamente debe ser juzgado miserable quien haya sido implicado en esta ignorancia infernal, por la cual, sumergido, permanecerá en tormentos sempiternos)»; si, pues, dijera esto, diría la verdad: pero no solo no atraería a ningún lector para este libro, sino que incitaría al máximo odio a todos en cuyas manos cayera. Por lo cual pasemos

a lo siguiente, y no nos engañen esas palabras que pueden ser comunes a buenos y malos, a doctos e indoctos. ¿Qué sigue, pues?

13. «La paz —dice— del Dios invisible, y el conocimiento de la verdad sea con los hermanos santos y carísimos, que creen en los mandatos celestiales e igualmente los sirven». Así sea, como dice. Pues también este es un deseo benigno y aceptabilísimo. Solo recordemos que estas cosas pueden ser dichas tanto por buenos doctores como por engañadores. Por lo tanto, si no dijera nada excepto tales cosas, concedería que debe ser leído y abrazado por todos. Ni desaprobaba aquellas cosas que aún siguen: pues añade: «Pero también la diestra de la luz os proteja y os libre de toda incursión maligna y de los lazos del mundo». Y en absoluto lo que está escrito al principio de esta epístola, hasta que se llegue a la causa, no quiero reprenderlo, para que no se consuma mucho esfuerzo en cosas menores. Veamos ya, pues, la evidentísima promesa del hombre.

CAPÍTULO XII.

14. Delirios de Maniqueo. Batalla librada antes de la constitución del mundo. «Sobre aquello, pues —dice—, hermano amadísimo Patticio, sobre lo cual me indicaste, diciendo que deseas saber de qué clase fue el nacimiento de Adán y Eva, si fueron producidos por la palabra o si fueron primogénitos de un cuerpo: se te responderá como conviene. Pues sobre esto se ha insertado y conmemorado de modo distinto por muchísimos en varias escrituras y relatos. Por lo cual la verdad

de este asunto tal como es se ignora por casi todas las naciones, y por todos los que también han disputado mucho y durante mucho tiempo sobre esto. Pues si a ellos les hubiera acontecido conocer manifiestamente sobre la generación de Adán y Eva, nunca estarían sujetos a la corrupción y a la muerte». Nos promete, pues, un conocimiento manifiesto de este asunto para que no estemos sujetos a la corrupción y a la muerte. Y si esto es aún poco, mira lo que sigue: «Necesariamente, pues —dice—, deben conmemorarse antes más cosas, para que se pueda llegar a ese misterio sin ninguna ambigüedad». Esto es lo que yo decía, que la verdad debe demostrárseme de tal modo que llegue a ella sin ninguna ambigüedad. Que si él mismo no lo prometiera, sin embargo a mí me correspondía exigir y reclamar esto, para que por tan gran recompensa de un conocimiento evidentísimo y certísimo no me avergonzara de hacerme maniqueo siendo cristiano católico contra cualesquiera contradictores. Oigamos ya, pues, qué aporta.

15. «Por lo cual, si te parece —dice—, escucha primero qué cosas hubo antes de la constitución del mundo, y de qué modo se libró la batalla, para que puedas separar la naturaleza de la luz y de las tinieblas». Ya ha propuesto cosas increíbles y totalmente falsas. ¿Quién creería que antes de la constitución del mundo se libró alguna batalla? Y sin embargo, si es creíble, ahora hemos venido no a creer, sino a conocer. Pues quien dice que los persas y los escitas guerrearon entre sí hace muchos años, dice algo creíble; pero algo que

podemos creer por haberlo oído o leído, no conocerlo por experiencia y comprensión. Si, pues, lo repudiara si dijera algo semejante —pues no prometió cosas que obligara a creer, sino que pudiera conocer sin ninguna ambigüedad—, ¿cómo no lo repudiaré cuando dice cosas no solo inciertas, sino también increíbles? ¿Pero qué si con algunas razones hace esas cosas perspicuas y conocidas? Oigamos, pues, si podemos, con toda paciencia y lenidad lo que sigue.

CAPÍTULO XIII.

16. Dos sustancias contrarias. El reino de la luz. Maniqueo presenta cosas inciertas como ciertas. «Estas cosas, por cierto —dice—, hubo en el principio: dos sustancias divididas entre sí. Y el imperio de la luz lo ostentaba Dios Padre, perpetuo en su santa stirpe, magnífico en virtud, verdadero en su misma naturaleza, siempre exultante en su propia eternidad, conteniendo en sí la sabiduría y los sentidos vitales: por los cuales también comprende los doce miembros de su luz, a saber, las riquezas afluentes de su propio reino. Además, en cada uno de sus miembros están escondidos miles de innumerables e inmensos tesoros. Pero el Padre mismo, excelso en su propia alabanza, incomprensible en magnitud, tiene unidos a sí siglos bienaventurados y gloriosos, que no pueden estimarse ni por su número ni por su extensión, con los cuales habita el mismo santo e ilustre Padre y progenitor, sin que en sus insignes reinos se encuentre nadie indigente ni enfermo. Además, sus esplendísimos reinos es-

tán de tal modo fundados sobre una tierra lúcida y bienaventurada, que por nadie pueden nunca ser movidos ni sacudidos».

17. ¿De dónde me va a probar él estas cosas, o de dónde las conoció él mismo? No me aterrores con el nombre del Paráclito. Primero, porque no vine para creer cosas incógnitas, sino para conocer cosas ciertas, vuelto más tímido por vosotros mismos. Pues sabéis cuán vehementemente soléis insultar a los que creen temerariamente: especialmente cuando él mismo, que ya ha comenzado a narrar cosas inciertas, prometió poco antes una ciencia plena y firme.

CAPÍTULO XIV.

Prometía el conocimiento de cosas ciertas y manda la fe de cosas inciertas. Luego, puesto que si se me ha de mandar la fe, más me retendría aquella Escritura donde leo que ha venido el Espíritu Santo e inspiró a los Apóstoles (Hech 2, 1-4), a quienes el Señor había prometido que se lo enviaría (Jn 14, 16. 26). Por lo cual, o pruébame que son verdaderas las cosas que dice, para que me muestres lo que no puedo creer; o pruébame que quien lo dice es el Espíritu Santo, para que crea lo que no puedes mostrar. Pues yo profeso la fe católica, y por ella presumo que he de llegar a la ciencia cierta: tú, en cambio, que intentas debilitar mi fe, entrega una ciencia cierta, si puedes; para que me convenzas de que creí temerariamente lo que creí. Dos son las cosas que me ofreces: una cuando dices que es el Espíritu Santo quien habla; y la otra, cuando dices que es manifiesto lo que

habla. Ambas debí conocerlas de ti sin ninguna duda: pero no soy codicioso; enseña una de estas. Muestra que este es el Espíritu Santo, y creeré que es verdadero lo que dice, aunque no lo sepa: o muestra que es verdadero lo que dice, y creeré que es el Espíritu Santo, aunque no lo sepa. ¿Acaso puede tratarse contigo algo más equitativo o benévolo? Pero tú no eres capaz de mostrar ni lo uno ni lo otro. No has elegido otra cosa sino alabar lo que crees e irritar lo que creo. Cuando, pues, yo también a mi vez haya alabado lo que creo e irritado lo que crees, ¿qué piensas que debemos juzgar o qué hacer, sino que abandonemos a los que nos invitan a conocer cosas ciertas y después mandan creer cosas inciertas; y sigamos a los que nos invitan primero a creer lo que aún no somos capaces de contemplar, para que hechos más fuertes por la misma fe, merezcamos entender lo que creemos, ya no por los hombres, sino por Dios mismo iluminando y confirmando interiormente nuestra mente?

18. Y puesto que pregunté de dónde me lo prueba, ahora pregunto de dónde lo conoció él mismo. Si dice que le fue revelado por el Espíritu Santo y que su mente fue divinamente ilustrada para que conociera como ciertas y manifiestas las cosas que dice, él mismo significa qué diferencia hay entre conocer y creer. Pues él mismo conoce, a quien se le muestran estas cosas de modo muy abierto; pero a aquellos a quienes narra estas cosas, no les insinúa el conocimiento, sino que les persuade a la credulidad. Quienquiera que le haya consentido temerariamente, se hace mani-

queo; no conociendo cosas ciertas, sino creyendo cosas inciertas; cuales nos engañó alguna vez a nosotros, adolescentes inexpertos. No debió, pues, prometernos ciencia, ni conocimiento manifiesto, ni llegada sin ninguna ambigüedad a lo que se busca; sino decir más bien que a él se le mostraron esas cosas, y que aquellos a quienes se les narran deben creerle en lo que no saben. Pero si dijera esto, ¿quién no le respondería: «Si, pues, he de creer cosas incógnitas, ¿por qué no creeré más bien aquellas que ya se celebran por el consenso de doctos e indoctos, y están confirmadas por una autoridad gravísima en todos los pueblos»? Él, temiendo que se le dijera esto, derrama nieblas sobre los inexpertos; primero prometiendo el conocimiento de cosas ciertas, y después mandando la fe de cosas inciertas. Al cual, sin embargo, si se le dice esto, que al menos enseñe que estas cosas se le mostraron a él mismo, falla igualmente, y manda que creamos esto también. ¿Quién soportará tanta falacia y tanta soberbia?

CAPÍTULO XV.

19. No solo son inciertas, sino también falsas las cosas que enseña. Delirio sobre la tierra y la gente de las tinieblas junto al lado de la tierra santa y de la sustancia de Dios. Se le refuta primero porque atribuye partes y lados a la naturaleza de Dios, como si esta se extendiera por su propia masa a través de los espacios de los lugares. ¿Qué pasaría si mostrase, con la ayuda de Dios y Señor nuestro, que las cosas que dice no solo son inciertas, sino también falsas? ¿Qué puede encontrarse

más infeliz que esa superstición que no solo no muestra la ciencia y la verdad que promete, sino que dice cosas que son vehementemente contrarias a la ciencia y a la verdad? Lo cual aparecerá más manifiestamente en lo que sigue. Pues dice así: «Ciertamente, junto a una parte y lado de aquella ilustre y santa tierra estaba la tierra de las tinieblas, profunda y de inmensa magnitud, en la cual habitaban cuerpos ígneos, a saber, géneros pestíferos. Aquí había tinieblas infinitas, inestimables, que manaban de la misma naturaleza, con sus propios fetos: más allá de las cuales estaban las aguas cenagosas y turbias con sus habitantes; en cuyo interior había vientos horribles y vehementes con su príncipe y progenitores. De nuevo, una región ígnea y corruptible con sus jefes y naciones. De igual modo, hacia adentro, una gente llena de calígene y humo, en la cual moraba el inmenso príncipe y jefe de todos, teniendo en torno a sí innumerables príncipes, de todos los cuales él mismo era mente y origen: y estas fueron las cinco naturalezas de la tierra pestífera».

20. Si dijera que la naturaleza de Dios es un cuerpo aéreo o incluso etéreo, por cierto sería el hazmerreír de todos los que son capaces de contemplar con cualquier agudeza de una mente ya más serena la naturaleza de la sabiduría y de la verdad, no distendida ni difundida por ningún espacio de lugares, grande y magnífica sin masa alguna, ni menor en una parte ni mayor en otra, sino en todo igual al sumo Padre, ni teniendo una cosa aquí y otra allí, sino en todas partes íntegra, en todas partes presente.

CAPÍTULO XVI.

La misma alma, aunque sea mutable, no se distiende por los espacios de los lugares. Pues siente toda entera en cada una de las partes del cuerpo. Pero ¿qué diré de la verdad y de la sabiduría, que supera todas las potencias del alma, cuando la naturaleza de la misma alma, que se encuentra mutable, de ningún modo ocupa los espacios de los lugares con masa alguna propia? Pues cualquier cosa que tiene algún grosor no puede sino disminuir por las partes, teniendo una cosa aquí y otra allí. Pues el dedo es menor que toda la mano, y un dedo es menor que dos; y este dedo está en un lugar, aquel en otro y el resto de la mano en otra parte. Lo cual vemos no solo en las masas articuladas de los cuerpos, sino que también esta parte de la tierra no está allí donde está aquella, porque cada una ocupa su propio lugar: y una parte de líquido es menor en un lugar menor y mayor en uno mayor; y una parte está cerca del fondo y otra cerca de los bordes de la copa. De igual modo, cada una de las partes del aire llenan sus propios lugares; ni puede suceder que el aire con que se llena esta casa pueda tener consigo en la misma casa también aquel aire que tienen los vecinos: y otra parte de la misma luz se infunde por esta ventana y otra por aquella; y una mayor por la mayor, y por la menor una menor. Ni puede haber en absoluto ningún cuerpo, ya sea celeste o terrestre, aéreo o húmedo, que no sea menor en la parte que en el todo: ni de ningún modo puede tener simultáneamente otra parte en el lugar de

esta parte; sino que, teniendo una cosa aquí y otra allí por cualesquiera espacios de lugares, se distiende por una masa distante y dividua, o más bien, por así decirlo, sectil. Pero la naturaleza del alma, aunque no se considere aquella potencia suya por la que entiende la verdad, sino aquella inferior por la que contiene el cuerpo y siente en el cuerpo, de ningún modo se encuentra distendida por masa alguna en los espacios de los lugares. Pues está presente toda entera en cada una de las partículas de su cuerpo, ya que siente toda entera en cada una: ni hay una parte menor de ella en el dedo y una mayor en el brazo, como el mismo dedo es menor que el brazo; sino que en todas partes es tan grande, porque en todas partes está toda entera. Pues cuando se toca el dedo, no siente por todo el cuerpo y, sin embargo, siente toda entera. Pues ese tacto no se le oculta a toda ella; lo cual no sucedería si no estuviera presente toda entera. Ni está presente toda entera cuando se toca el dedo y siente en el dedo de tal modo que abandone el resto del cuerpo y se aglomere en aquel único lugar en el que siente. Sino que, cuando siente toda entera en el dedo de la mano, si se toca otro lugar en el pie, tampoco allí deja de sentir toda entera: y así está presente simultáneamente toda entera en cada uno de los lugares distantes, no abandonando uno para estar toda entera en el otro, ni de tal modo poseyendo ambos que tenga aquí una parte y allí otra; sino que, siendo suficiente para mostrarse simultáneamente toda entera en cada uno de los lugares, puesto que siente toda entera

en cada uno, muestra suficientemente que no está sujeta a los espacios de los lugares.

CAPÍTULO XVII.

La memoria capta las imágenes de lugares vastísimos. ¿Qué pasaría si considerásemos su memoria, no de las cosas inteligibles, sino de estas cosas corpóreas que se percibe que tienen incluso las bestias? (Pues incluso por lugares conocidos los jumentos avanzan sin error, y las fieras vuelven a sus cubiles, y los perros reconocen los cuerpos de sus dueños, y al dormir frecuentemente murmuran y a veces rompen en ladridos, lo cual de ningún modo podrían hacer si en su memoria no dieran vueltas las imágenes de las cosas vistas o de algún modo sentidas por el cuerpo). ¿Quién podría pensar dignamente dónde se captan estas imágenes, dónde se gestan o dónde se forman? Pues si no pudieran ser mayores que la magnitud que contiene nuestro cuerpo, alguien diría que el alma configura y guarda estas imágenes dentro de los mismos espacios de su cuerpo por los cuales ella también está encerrada. Pero ahora, cuando el cuerpo ocupa una pequeñísima parte de la tierra, el alma da vueltas a las imágenes de regiones inmensas y del cielo y de la tierra, por las cuales, al retirarse y sucederse en tropel, no se estrecha. Y de aquí se muestra que no está difundida por los lugares, porque no es captada, por así decirlo, por las imágenes de lugares vastísimos, sino que más bien ella las capta; no por algún seno, sino por una fuerza y potencia inefable, por la cual le es lícito tanto añadirles lo que

quiera como quitarles, y contraerlas a un espacio estrecho y expandirlas por lo inmenso, y ordenarlas como quiera, y perturbarlas, y multiplicarlas, y reducirlas a la escasez o a la singularidad.

CAPÍTULO XVIII.

La potencia de entender juzga sobre la verdad de las cosas y sobre el mismo pensamiento. ¿Qué diré ya de aquella potencia por la que se entiende la verdad, por la que se resiste con gran vivacidad a esas mismas imágenes que, extraídas del sentido del cuerpo, se configuran y se oponen a la verdad? Por la cual se ve que una es, por ejemplo, la verdadera Cartago, y otra la que uno finge al pensar y cambia con toda facilidad según su arbitrio; que de la misma facilidad provienen innumerables mundos en los que el pensamiento de Epicuro peregrinó innumerables veces; y, para no perseguir muchas cosas, que de la misma facilidad proviene esa tierra de la luz difundida por espacios infinitos, y las cinco cuevas de la gente de las tinieblas con sus habitantes, en las cuales los fantasmas de los maniqueos se han atrevido a usurpar para sí el nombre de la verdad. ¿Qué es, pues, esta potencia que discierne estas cosas? Ciertamente, por grande que sea, es tanto mayor que todas estas, como se piensa sin ninguna imaginación tal de las cosas. Encuentra espacios para esta, si puedes; difunde esta por los lugares, distiende esta con el tumor de una masa infinita. Ciertamente, si piensas bien, no puedes. Pues cualquier cosa de tal clase que se te ocurra, juzgas por el mismo pensamiento que puede cortarse en

partes, y haces allí una parte menor, otra mayor, cuanto te plazca; pero eso mismo por lo que juzgas estas cosas, ves que está por encima de ellas, no por la altitud del lugar, sino por la dignidad de la potencia.

CAPÍTULO XIX.

21. Si el alma no se extiende por los lugares, mucho menos Dios. Por lo cual, si el alma — tantas veces mutable, ya sea por la multitud de voluntades diversas, ya por los afectos que se inclinan según la abundancia o la penuria de las cosas, ya por esos mismos innumerables juegos de los fantasmas, ya por el olvido y la memoria, ya por la doctrina y la inexperiencia—; si, pues, como he dicho, sientes que el alma, tantas veces mutable por estos y semejantes movimientos, no se difunde ni se extiende por los lugares, sino que supera todos esos espacios por la vivacidad de la potencia: ¿qué debe pensarse o estimarse sobre Dios mismo, que permaneciendo inconcuso e inmutable por encima de todas las mentes racionales, atribuye lo que a cada uno debe atribuirse? A quien el alma se atreve más fácilmente a nombrar que a ver, y a quien tanto menos nombra cuanto más sinceramente haya podido verle. El cual, sin embargo, si como vociferan los fantasmas de los maniqueos, se extendiera por los espacios de los lugares, determinado por una parte e inmenso por las otras, se medirían en él cuantas partículas se quiera, e innumerables fragmentos, unos mayores y otros menores, según el arbitrio del que piensa; de modo que una parte de dos pies en

él, por ejemplo, sería ocho veces menor que una de diez pies. Pues esto es necesario que suceda a todas las naturalezas que, difundidas por tales espacios, no pueden estar todas enteras en todas partes: lo cual no se encuentra en la misma alma, y se cree sobre ella de modo deforme y torpe por quienes no son capaces de considerar estas cosas.

CAPÍTULO XX.

22. Se refuta el delirio sobre la doble tierra. Sin embargo, tal vez no deba tratarse así con las almas carnales, sino que deba descenderse más bien a los pensamientos de aquellos que o no se atreven o todavía no son capaces de seguir una naturaleza incorpórea y espiritual con el pensamiento; de modo que ni siquiera consideren su propio pensamiento con ese mismo pensamiento, y encuentren que este juzga sobre los espacios de los lugares desde ningún espacio de lugar. Descendamos, pues, a sus sentidos y preguntémosles: ¿junto a qué parte y junto a qué lado, como dice Maniqueo, estaba la tierra de las tinieblas con respecto a aquella ilustre y santa tierra? Pues dice: «junto a una parte y lado»; y no dice qué parte ni qué lado, si el derecho o el izquierdo. Pero elijan lo que quieran, aquello ciertamente es manifiesto: que no se dice «un lado» sino donde hay también «otro lado». Pero donde hay tres o más lados, o bien se entiende que el contorno de la figura está terminado por todas partes, o bien, si por alguna parte se abre a lo inmenso, es necesario que se termine por aquello que se llaman lados. Digan, pues: por el otro lado, o por los otros

lados, ¿qué se unía a la tierra de la luz, si por un lado estaba la gente de las tinieblas? No lo dicen; pero cuando se les apremia para que lo digan, dicen que son infinitos los otros lados de aquella tierra que llaman de la luz, esto es, que se extiende por espacios infinitos y no tiene fin que la contenga. Y no comprenden que ya no son lados, lo cual es evidentísimo para cualquier ingenio lerdo. Pues entonces serían lados si estuvieran terminados por sus propios confines. «¿Qué me importa —dice— si no son lados?». Pero cuando decías «junto a una parte y lado», obligabas a entender otra parte o partes, y otro lado o lados. Pues si hubiera un solo lado, debió decirse simplemente «junto al lado», no «junto a un lado». Así como en nuestro cuerpo decimos rectamente que hay algo junto a un ojo, porque hay otro ojo; o junto a una tetilla, porque hay otra. Pero si dijéramos junto a una nariz, o junto a un ombligo, no habiendo otro, seríamos el hazmerreír de doctos e indoctos. Pero no te aprieto con las palabras: pues tal vez quisiste llamar «uno» como si fuera «único».

CAPÍTULO XXI.

La misma tierra de la luz, si se une a la tierra de las tinieblas, es corpórea. La figura de la tierra de las tinieblas unida con la tierra de la luz. ¿Qué había, pues, junto a aquel lado de la tierra que llamas ilustre y santa? «La tierra —dices— de las tinieblas». ¿Qué?, ¿concedes al menos sobre esa tierra que era corpórea? Es necesario que digas esto, puesto que ciertamente afirmas

que todos los cuerpos derivan de allí su origen. ¿Qué?, por tanto, pregunto, por muy lerdos, por muy carnales que seáis, ¿acaso ni siquiera advertís esto alguna vez: que ambas tierras no pueden unirse entre sí por los lados si no fueran ambas corpóreas? ¿Por qué, pues, se nos decía, pervertidos por no sé qué ceguedad, que solo la tierra de las tinieblas había sido o era corpórea, pero que aquella que se llamaba tierra de la luz debía creerse incorpórea y espiritual? Despertemos alguna vez, hombres buenos, y al menos, habiendo sido advertidos, atendamos a lo que es facilísimo: que dos tierras no pueden unirse entre sí por los lados si cada una no es un cuerpo.

23. O si somos incluso torpes y lerdos para esto, pregunto si también la misma tierra de las tinieblas tuvo un solo lado y los demás infinitos, como la tierra de la luz. No lo creen así; pues temen que parezca igual a Dios. Dicen, pues, que ella es inmensa por lo profundo y por lo largo; pero hacia arriba, sobre ella, afirman que hay espacios de vaciedad infinita. Y para que ella no parezca tener ni siquiera una parte sencilla, y la tierra de la luz el doble, la estrechan también por dos lados. Como si un pan (pues así puede verse más fácilmente lo que se dice) se formara en cruz en cuatro cuadrantes, de los cuales tres fueran blancos y uno negro; ahora quita la distinción de los tres blancos y hazlos infinitos tanto hacia arriba como hacia abajo, y por todas partes hacia atrás: así creen ellos que es la tierra de la luz. Pero haz que aquel cuadrante negro sea infinito hacia abajo y hacia atrás, y que tenga sobre sí

una vaciedad inmensa: así opinan de la tierra de las tinieblas. Pero demuestran estas cosas como secretos a los que son demasiado atentos y las buscan con afán.

CAPÍTULO XXII.

La figura más deforme de la tierra de la luz. Sin embargo, si es así, resulta que la tierra de las tinieblas es tocada por la tierra de la luz por dos lados. Y ciertamente, si es tocada por dos, también ella toca por dos. Ciertamente «junto a un lado» estaba la tierra de las tinieblas.

Luego, ¡qué deforme figura de la tierra de la luz aparece!, como si tuviera la pezuña hendida, estrechada por abajo por una especie de cuña negra, finita solo por aquella parte por la que se hiende, y también bostezante y abierta por arriba por la interposición del vacío en todo lo que es inmenso hacia arriba desde la superficie de la tierra de las tinieblas. ¡Cuánto mejor resulta entonces la figura de la misma tierra de las tinieblas!: ya que aquella hiende, mientras que esta es hendida; aquella se inserta, mientras que esta se abre en medio; aquella no da lugar en sí a ninguna vaciedad, mientras que esta no está floja solo por la parte inferior, por donde es rellenada por la cuña hostil. Así pues, hombres indoctos y codiciosos, como atribuyen mayor honor a la multitud de las partes que a la unidad, de modo que dieron seis partes a la tierra de la luz, tres hacia abajo y tres hacia arriba, prefirieron que la tierra de la luz fuera penetrada a que ella penetrara. Pues con

tal figura, aunque nieguen que esté mezclada, no pueden negar sin embargo que esté penetrada.

CAPÍTULO XXIII.

25. Los antropomorfistas pecan menos que los maniqueos. Compara ahora, no a los hombres espirituales de la fe católica, en quienes, en cuanto el ánimo puede en esta vida, discernen que la sustancia y naturaleza divina no se extiende por ningún espacio de lugar, ni se configura por ninguna dimensión de lineamientos; sino compara a nuestros carnales y párvulos, que suelen, oídos en alegoría ciertos miembros de nuestro cuerpo, como cuando se dicen los ojos de Dios y los oídos de Dios, suelen figurarse a Dios por la libertad del fantasma con la especie del cuerpo humano: compara a estos ya con aquellos maniqueos, que suelen describir estas naderías a hombres atentos y curiosos como si fueran grandes secretos: y considera quiénes sienten de Dios de manera más tolerable y honesta; si aquellos que lo piensan con forma humana, dotada de la suma dignidad en su género, o aquellos que lo piensan difundido en una mole infinita, aunque no por todas partes, sino infinito y denso por tres cuadrados, pero por uno hendido, abierto, bostezante, flojo por arriba por la vaciedad, acuñado por abajo por la tierra de las tinieblas; o, si es mejor decirlo así, abierto por arriba por su propia naturaleza, penetrado por abajo por la ajena. He aquí que yo me río contigo de los hombres carnales, que aún no pueden pensar las cosas espirituales, estimando a Dios en forma humana: riéte también tú conmigo, si

puedes, de aquellos que imaginan con un pensamiento muy miserable tan deforme y torpe fisura o escisión de Dios, tan vanamente abierta por arriba, tan deshonestamente taponada por abajo. Existiendo además esta diferencia: que aquellos carnales que piensan a Dios con forma humana, si contenidos en el seno de la Iglesia católica, mientras deben ser nutridos con leche, no se precipitan en opiniones temerarias, sino que allí nutren un piadoso celo de buscar, allí piden para recibir, allí llaman para que se les abra; empiezan a entender espiritualmente las alegorías y parábolas de las Escrituras, y poco a poco a conocer las potencias divinas, congruentemente enunciadas en un lugar con el nombre de oídos, en otro de ojos, en otro de manos o pies, o incluso de alas y plumas, también de escudo y espada y yelmo, y de otras tales innumerables cosas. En cuya inteligencia, cuanto más progresan, tanto más se confirman en ser católicos. Pero los maniqueos, cuando hayan abandonado la imaginación de aquella figura, no podrán ser maniqueos. Pues esto atribuyen como propio y principal a las alabanzas de su autor, que dicen que aquellas cosas que por los antiguos fueron puestas figuradamente en los libros como misterios divinos, fueron reservadas para ser resueltas y demostradas por este que había de venir el último: y que por eso después de este ya ningún doctor vendrá de parte de Dios, porque él nada dijo por alegorías y figuras, ya que abría las de los antiguos que habían sido tales, y mostraba las suyas clara y manifiestamente. No tienen, pues, estos inter-

pretaciones a las que volver, cuando se les lee acerca de su autor: «Junto a una parte y lado de aquella ilustre y santa tierra estaba la tierra de las tinieblas». Hacia dondequiera que se vuelvan, es necesario que, coartados por la miseria de sus fantasmas, caigan en escisiones o abruptas precisiones y junturas, o fisuras torpísimas; las cuales, no digo de la inconmutable naturaleza de Dios, sino de toda naturaleza incorpórea, aunque sea mutable, como es el alma, es misérrimo creerlas. Y, sin embargo, si yo no pudiera elevarme a cosas superiores, ni desenrollar mis pensamientos de las falsas imaginaciones que llevo fijas en la memoria a través de los sentidos corporales hacia la libertad y sinceridad de la naturaleza espiritual; ¡cuánto mejor pensaría a Dios en forma de cuerpo humano, que clavar aquella cuña negra a su escisión inferior, y dejar la superior vastísima laxitud, no encontrando con qué taponarla, así abierta y bostezante con inmensa vaciedad! ¿Qué hay más deforme que esa opinión? ¿Qué más tenebroso que este error puede decirse o fingirse?

CAPÍTULO XXIV.

26. Sobre el número de las naturalezas en el fantasma de Maniqueo. Luego quiero que se me diga, cuando leo que Dios es el Padre, y que sobre la tierra lúcida y bienaventurada están fundados sus reinos, si son de una misma sustancia y naturaleza, tanto el Padre como sus reinos y la tierra. Porque si es así, ya no es como si otra naturaleza, que fuera como el cuerpo de Dios, la que aquella cuña de la gente de las tinieblas

hiende y penetra; lo cual por cierto sería ya en sí mismo torpísimo con una deformidad inefable: sino que aquella cuña de la tierra de las tinieblas hiende y penetra la misma naturaleza de Dios por completo. Os ruego, pensad estas cosas: sois hombres; os ruego, pensad estas cosas y huid, y los sacrilegios de tales fantasmas, desgarrando si es posible vuestros pechos, erradicadlos y expulsadlos de vuestra fe. ¿Vais a decir que aquellas tres cosas no son de una misma naturaleza, sino el Padre de una, los reinos de otra, la tierra de otra, de modo que cada una tenga sus diversas naturalezas y sustancias, y ordenadas por grados de excelencia? Pues si esto es verdad, Maniqueo debería haber predicado no dos, sino cuatro naturalezas. Si, por el contrario, el Padre y los reinos tienen una misma naturaleza, pero solo la tierra una diversa, deberían haberse predicado tres naturalezas. O si prefirió decir dos por esto, porque la tierra de las tinieblas no pertenece a Dios, pregunto cómo pertenece a Dios la tierra de la luz. Pues si tiene una naturaleza diversa, y Él ni la engendró ni la hizo, no le pertenece, y sus reinos están situados en lo ajeno. O si le pertenece porque es vecina, pertenézcale también la tierra de las tinieblas, que no solo toca a la tierra de la luz por vecindad, sino que incluso la surca por penetración. Pero si la engendró, no debe creerse que tenga una naturaleza diversa. Pues lo que Dios engendró, esto debe creerse que es lo que Dios es, como se cree en la Iglesia católica sobre el Hijo unigénito. Así pues, la necesidad os reclama para huir y detestar aquella torpeza, de modo que no la

tierra como si fuera otra y diversa, sino que aquella cuña negra hiende la misma naturaleza de Dios. Pero si Dios no la engendró, sino que la hizo, pregunto de dónde la hizo. Si de sí mismo, ¿qué otra cosa es sino haberla engendrado? Si de alguna naturaleza ajena, pregunto si buena o mala. Si buena, había por tanto alguna naturaleza buena que no pertenecía a Dios: lo cual de ningún modo osatreveréis a decir. Si, por el contrario, mala, entonces no era solo naturaleza mala aquella gente de las tinieblas. ¿O es que acaso ya desde entonces había tomado Dios alguna parte de allí, para convertirla en tierra de luz y estabilizar sobre ella sus reinos? Lo habría hecho, pues, con el todo, para que ya desde hace tiempo no hubiera ninguna naturaleza mala. Pero si no hizo la tierra de la luz de una sustancia ajena, resta que la haya hecho de la nada.

CAPÍTULO XXV.

27. Otras cosas buenas, inferiores a otras, son creadas de la nada por el Omnipotente. En la figura de la conjunción de las dos tierras, cualquiera que se imagine, siempre hay deformidad o absurdidad. Por lo cual, si ya se os persuade de que Dios omnipotente puede hacer algo bueno de la nada, venid a la Iglesia católica; y aprended que todas las naturalezas que Dios hizo y fundó están ordenadas por grados de excelencia, desde las supremas hasta las ínfimas, todas buenas, pero unas más potentes que otras: y que fueron hechas de la nada, cuando Dios el artífice por su sabiduría obraba potencialmente, por así decirlo, para

que pudiera ser lo que no era: y en cuanto era, era bueno; en cuanto, sin embargo, desfallecía, mostraba que no era engendrado de Dios, sino hecho por Él de la nada. Pues si consideráis qué os retiene, no lo encontráis: ya que no podéis decir que la tierra de la luz que describís sea esto que Dios es, para que la misma naturaleza de Dios no sea estrechada por la torpeza de aquel cuadrado; ni engendrada de Él, para que no obstante no se vea obligada a entenderse como esto que Dios es, y vuelva a la misma deformidad; ni ajena a Él, para que no se os urja a decir que puso sus reinos en lo ajeno, y a decir que no hay dos, sino tres naturalezas; ni hecha por el mismo de una sustancia ajena, para que o bien hubiera algún otro bien además de Dios, o algún mal además de la gente de las tinieblas. Os queda, pues, confesar que Dios hizo la tierra de la luz de la nada: y no queréis creer que si Dios pudo hacer de la nada algún gran bien, que sin embargo fuera inferior a Él mismo: pudo también, porque es bueno y a ningún bien tiene envidia, hacer otro bien que fuera inferior a aquel primero; pudo también hacer un tercero, al cual se antepusiera el segundo, y de ahí llevar el orden de las naturalezas creadas hasta el ínfimo bien, hasta que la universidad de las cosas no fluyera incierta en un número indefinido, sino que consistiera terminada por un límite cierto. O si no queréis confesar que Dios hizo esta tierra de luz de la nada, no habrá salida por la que escapéis de tan grandes torpezas y de opiniones tan sacrílegas.

O ved ciertamente, ya que es libre para el pensamiento carnal imaginar los fantasmas que le plazca, si acaso podéis encontrar alguna otra forma para esta conjunción de las dos tierras, para que no ocurra a la mente una cara de las cosas tan detestable y aborrecible: a saber, que la tierra de Dios —ya sea de la misma naturaleza que Dios, o de una diversa, en la cual sin embargo estén fundados los reinos de Dios— yazga con tan ingente mole por lo inmenso, que yazga con miembros extendidos y abiertos por lo infinito, por los cuales reciba de la manera más torpe y vil desde la parte inferior incluso a aquel cuña de la tierra de las tinieblas, estrechada, de inmensa magnitud. Pero cualquier otra figura que encontréis con la que estas dos tierras se unan entre sí, por cierto no podéis borrar las letras de Maniqueo: no digo otras en las que describió estas cosas más expresamente; pues tal vez porque son conocidas por menos personas, parezcan tener menos peligro: sino estas mismas de las que tratamos ahora, de la Epístola del Fundamento, que suele ser muy conocida para casi todos los que entre vosotros son llamados iluminados. Pues aquí se escribe así: «Junto a una parte y lado de aquella ilustre y santa tierra estaba la tierra de las tinieblas profunda y de inmensa magnitud».

CAPÍTULO XXVI.

Los maniqueos son coartados, ya digan que aquella conjunción se hace por un lado tortuoso, o curvo, o recto. En este tercer género de juntura habría una concordia y belleza conveniente a

ambas tierras. ¿Qué esperamos más? Pues tenemos que estaba «junto al lado». Como os plazca imaginad ya las figuras, y describid los lineamientos que queráis; ciertamente aquella mole de la inmensa tierra de las tinieblas, o se unía por un lado recto a la tierra de la luz, o por uno curvo, o por uno tortuoso. Pero si por uno tortuoso, también aquella tierra santa tiene un lado tortuoso: pues si ella tiene un lado recto, y es tocada por el lado tortuoso de esta, se abren algunas cavernas profundas vacías por lo infinito, y ya no había vaciedad solo sobre la tierra de las tinieblas, como solíamos oír. Si es así, ¿cuánto mejor era que se retirara la tierra de la luz un poco más lejos, y que interviniera tanta vaciedad, que de ninguna manera pudiera ser tocada por la tierra de las tinieblas por ninguna parte? es más, incluso se abriría tanto espacio de profundidad vacía que, si surgiera alguna maldad de aquella gente, aunque los príncipes de las tinieblas quisieran saltar temerariamente hacia ella (ya que los cuerpos no pueden volar si no son sostenidos por el aire corpóreo), precipitados por aquel vacío, y porque sería infinito hacia abajo, no llegando nunca a ningún fondo, aunque pudieran vivir siempre, sin embargo, mientras son llevados siempre hacia abajo, ¿nunca podrían dañar? Si, por el contrario, se unía por un lado curvo, también la tierra de la luz la recibía deformemente en un seno curvo. O si por dentro era curva a manera de teatro, abrazaba la parte curva de la tierra de la luz recibida en tal seno con una unión no menos deforme. O si esta tenía el lado curvo y

aquella el recto, no la tocaba por completo en el lado. Y ciertamente era mejor, como dije arriba, que no la tocara por ninguna parte, e interviniera tanto vacío que separara ambas tierras por un intervalo justo, y no permitiera que los temerarios e impíos, precipitados por lo infinito, dañaran nada. Pero si el lado recto tocaba al lado recto, no veo ciertamente ni receptáculos ni hiatos: sino que veo claramente tanta paz y tanta concordia de ambas tierras entre sí, que no puede haber mayor conjunción. Pues ¿qué hay más hermoso, qué más conveniente, que lo recto se acople de tal modo a lo recto, que por ninguna parte ningún seno o flexión rompa o separe la juntura natural y estable por el espacio infinito del lugar y desde la eternidad infinita? Cuyos lados rectos de ambas tierras, aunque estuvieran separados por el vacío interpuesto, no solo serían hermosos por sí mismos, porque serían tan rectos: sino que también con el intervalo interpuesto se corresponderían de tal modo que, de una parte y de otra, rectitudes iguales, incluso sin ninguna conjunción, por la misma similitud coincidirían en una sola belleza. Pero cuando se añade esa conjunción, qué hay más concorde y pacífico que estas dos tierras; qué, incluso, más hermoso que ese acoplamiento de dos lados rectos pueda decirse o pensarse, no lo encuentro.

CAPÍTULO XXVII.

29. La belleza de un lado recto podría quitarse de la tierra de las tinieblas sin ningún detrimento de la sustancia. Así ocurre el mal al alma sin que

se añada o quite ninguna sustancia. El lado de la tierra de las tinieblas, en cuanto fuera recto, tendría algo de bueno de Dios el fundador. ¿Qué haré con las mentes de los hombres más miserables, perversos por el error e implicados en la costumbre? Pues estos hombres no saben lo que dicen cuando dicen estas cosas: pues no prestan atención. Os ruego, nadie os urge, nadie os presiona a una contienda, nadie insulta vuestros errores pasados, sino aquel que no ha experimentado la divina misericordia para carecer de errores: hagamos solamente esto, que alguna vez terminen. Mirad un poco sin animosidad ni amargura. Todos somos hombres; no nos odiamos a nosotros, sino a los errores y falsedades. Os ruego, mirad un poco. Dios de las misericordias, ayuda a los que miran, y enciende la luz interior para los que buscan la verdad. ¿Pues qué entendemos si no entendemos que lo recto es mejor que lo torcido? Os pregunto, pues, si lo aceptáis con calma y modestia: el lado recto de la tierra de las tinieblas, que se une al lado recto de la tierra de la luz, si alguien lo depravara, ¿no le quitaría alguna belleza? Es necesario que confeséis, si no queréis ladrar, que no solo se le quita la belleza si se deprava, sino incluso aquella belleza que pudo tener en común con el lado recto de la tierra de la luz. Al quitar esta, pues, y hacer lo torcido de lo recto, para que lo que concordaba discordara, y lo que era congruente fuera aborrecible, ¿acaso sustrae-ría de allí alguna sustancia? Así pues, aprended que el mal no es una sustancia, sino que, así como en un cuerpo por el cambio de la forma a peor se

pierde la apariencia, o más bien se disminuye, y se llama deforme a lo que antes se llamaba hermoso, y disgusta el cuerpo que antes había gustado: así en el ánimo el decoro de la voluntad recta, por el cual se vive piadosa y justamente, se deprava al cambiarse la voluntad a peor; por cuyo pecado se hace miserable el alma que por la honestidad de la voluntad recta obtenía la felicidad, sin que se añada ni se quite ninguna sustancia.

Luego también pensad aquello: que aunque concedamos por otras causas que el lado de la tierra de las tinieblas es malo —porque es oscuro, porque es tenebroso, o si algo más puede decirse —, sin embargo, en aquello que es recto no es malo. Así como, pues, concedo que en su color hay algo de mal, así es necesario que también vosotros concedáis que en su rectitud hay algo de bien. Es, por tanto, un nefas alienar este bien, por pequeño que sea, de Dios el artífice, de quien procede todo bien que hay en cualquier naturaleza; si no creemos esto, erramos de la manera más perniciosa. ¿Cómo, pues, dice él que esta tierra es el sumo mal, en cuya rectitud de lado encuentro, en lo que al cuerpo respecta, un bien de no pequeña belleza; y quiere que sea totalmente ajena al Dios omnipotente y óptimo, cuando ese mismo bien que encontramos en ella no encontramos a quién más atribuirlo sino al autor de todos los bienes? Pero era malo, dice, también aquel lado. Supón que sea malo: ciertamente sería peor si no fuera recto, sino distorsionado. ¿Cómo es, pues, el sumo mal, de lo cual puede pensarse algo peor? Luego es necesario que sea algo de bien, por cuya

carencia cualquier cosa se hace peor. Careciendo de rectitud, sin embargo, aquel lado se haría peor. Existe, pues, en él algo de bien, la rectitud. Y nunca me diréis de dónde le viene, si no os dirigís a Aquel de quien confesemos que todos los bienes, sean grandes o pequeños, proceden. Pero pasemos ya de la consideración de este lado a otras cosas.

CAPÍTULO XXVIII.

31. Maniqueo pone cinco naturalezas en la tierra de las tinieblas. "Habitaban en aquella tierra", dice, "cuerpos ígneos, a saber, géneros pestíferos". Cuando dice "habitaban", quiere ciertamente que se entiendan seres animados y vivientes. Pero para que no parezca que queremos calumniar por una palabra, atendamos a todos esos habitantes de aquella tierra, de qué modo los distribuye en cinco géneros vivos. "Aquí hay tinieblas infinitas", dice, "inestimables, que manan de la misma naturaleza, con sus propios fetos: más allá de las cuales estaban las aguas cenagosas y turbias con sus propios moradores; en cuyo interior había vientos horribles y vehementes con su propio príncipe y progenitores." De nuevo, una región ígnea y corruptible con sus propios jefes y naciones. De igual modo, hacia el interior, una gente llena de calígene y de humo, en la cual moraba el príncipe inmenso y jefe de todos, teniendo en torno a sí innumerables príncipes, de todos los cuales él mismo era la mente y el origen: y estas fueron las cinco naturalezas de la tierra pestífera. Observamos cinco naturalezas

como partes de una sola naturaleza, a la que llama tierra pestífera. Estas son, además: tinieblas, aguas, vientos, fuego, humo; las cuales cinco naturalezas ordena de tal modo que las tinieblas son exteriores a las demás, desde las cuales empieza a contar. Dentro de las tinieblas constituye las aguas; dentro de las aguas, los vientos; dentro de los vientos, el fuego; dentro del fuego, el humo. Y estas cinco naturalezas tenían cada una sus propios géneros de habitantes, que son asimismo cinco. Pues pregunto si hubo un solo género de habitantes en las cinco naturalezas, o géneros diversos, tal como las naturalezas mismas son diversas. Responden que fueron diversos, y por otros libros enseñan así: que las tinieblas tuvieron serpientes; las aguas, nadadores, como son los peces; los vientos, voladores, como son las aves; el fuego, cuadrúpedos, como son los caballos, leones y otros por el estilo; el humo, bípedos, como son los hombres.

CAPÍTULO XXIX.

32. Se refuta este delirio. ¿Quién, pues, ordenó estas cosas? ¿Quién las distribuyó y distinguió? ¿Quién dio el número, las cualidades, las formas, la vida? Pues todas estas cosas son buenas por sí mismas, ni se encuentra de dónde se atribuyan a cada naturaleza sino de Dios, autor de todos los bienes. Pues no como los poetas suelen describir o de algún modo insinuar el caos —una cierta materia informe sin especie, sin cualidad, sin medida, sin número y peso, sin orden ni distinción, un no sé qué confuso y totalmente exento

de toda cualidad; por lo cual ciertos doctores griegos lo llaman apoion (sin cualidad): no, pues, de ese modo intentan estos insinuar esta que llaman tierra de las tinieblas: sino de modo totalmente distinto y muy diverso y contrario, unen lado con lado y los alinean: cuentan cinco naturalezas, las distinguen, las ordenan, las enuncian con sus propias cualidades; ni permiten que estén desiertas e infecundas, sino que las llenan con sus propios moradores: y a ellos mismos les atribuyen formas congruentes y acomodadas a sus habitaciones, y, lo que antecede a todo, la vida. Enumerar tantos bienes, y decir que son ajenos a Dios autor de todos los bienes, esto es no reconocer en las cosas tan gran bien de orden, ni en sí mismo tan gran mal de error.

CAPÍTULO XXX.

33. Cuántos bienes hay en esas naturalezas que Maniqueo pone en la tierra de las tinieblas. "Pero aquellos", dice, "cinco géneros que habitan esas naturalezas, eran sañudos y pestíferos". Como si yo hubiera alabado en ellos la saña y la peste. He aquí que yo vitupero contigo lo que tú acusas como malo en ellos: alaba tú conmigo lo que tú mismo conmemoras como bueno en ellos: así verás que quieres constituir bienes mezclados con males para el sumo y extremo mal. Vitupero allí contigo la peste: alaba allí conmigo la salud. Pues aquellos géneros no habrían podido ni nacer, ni nutrirse, ni habitar aquella tierra sin alguna salud. Vitupero allí contigo las tinieblas: alaba allí conmigo la fecundidad. Pues dices que

las tinieblas son "inestimables"; y añades, sin embargo, "con sus propios fetos". Aunque las tinieblas no son corpóreas; y todo este nombre es la ausencia de luz: como la desnudez es carecer de vestido; y la vaciedad, carecer de la plenitud de un cuerpo: y por tanto las tinieblas nada pudieron engendrar, aunque una tierra tenebrosa, esto es, carente de luz, pudo engendrar algo. Pero omitamos esto por ahora: sin embargo, donde surgen los fetos, hay tanto un temperamento apto para la salud, como una cierta concordia numerosa ordena y coedifica en la unidad los miembros de los que nacen, congruentes entre sí por la paz de la moderación. ¿Quién no entendería que todas estas cosas son dignas de mayor alabanza de lo que las tinieblas lo son de vituperio? Vitupero allí contigo el cieno turbio de las aguas: alaba allí conmigo tanto la especie como la cualidad de las aguas mismas, y los miembros congruentes de los moradores nadadores, la vida que contiene y rige el cuerpo, y todo temperamento de su género acomodado a la salud. Pues por mucho que reprehendas las aguas cenagosas y turbias, por el mismo hecho de que dices que tales son las aguas que pudieron tanto engendrar como contener a sus animales, no puedes quitar la especie de aquel cuerpo, sea cual fuere, y la similitud de las partes por las que se forman y apaciguan en una sola cualidad; porque si la quitas, no habrá ningún cuerpo: cosas todas las cuales, si eres hombre, sientes que han de ser alabadas. Y por mucho que exageres la saña de aquellos moradores, y las laceraciones y vastaciones entre sus ímpetus, no les

quitas sin embargo los numerosos términos de las formas, por los cuales sus cuerpos individuales están pacificados por la paridad de los miembros, y el temperamento de la salud, y el moderamen del alma que reduce las partes de su cuerpo a la unidad de la amistad y de la concordia: las cuales cosas, si las miras con sentido humano, ves que son más de alabar que de vituperar aquellas que disgustan. Vitupero allí contigo el horror de los vientos: alaba allí conmigo la naturaleza respirable y nutricia de esos mismos vientos, y la especie del cuerpo por la conveniencia de las partes continuado y difundido: por todas cuyas cosas podían tanto engendrar, como alimentar, y saludablemente contener a aquellos moradores suyos; y de aquellos moradores, si bien las demás cosas que en todos los animales fueron alabadas por la razón superior, entonces propiamente los tránsitos infatigables y fáciles de donde quieran y a donde quieran, y el esfuerzo concorde de las alas en el vuelo y el movimiento no desigual. Vitupero allí contigo la corrupción del fuego: alaba allí conmigo el fuego genituable, y su vigente y oportuna temperación para los seres nacientes, tanto para que coalescieran, como para que se perfeccionaran por sus números y lineamientos, y para que pudieran vivir y habitar allí: cosas todas las cuales reconoces que son admirables y loables no solo en la habitación del fuego, sino también en los habitantes mismos. Vitupero allí contigo la oscuridad del humo, y la inmanidad del príncipe que en él, según dices, moraba: alaba allí conmigo que aun en el humo mismo no en-

cuentras ninguna parte disímil a las demás; por lo cual en su género custodia la congruencia y el modo de sus partes entre sí, para que por una cierta unidad sea lo que es: cosas que nadie considera sobriamente y no alaba admirablemente. ¿Y qué decir de que incluso añades al humo la fuerza y potencia de engendrar, cuando al mismo también atribuyes príncipes moradores: de modo que lo que aquí nunca vimos, allí el humo sea fecundo y proporcione una mansión saludable para sus habitantes?

CAPÍTULO XXXI.

34. Sobre el mismo argumento. Porque también en el mismo príncipe del humo advertiste solo la inmanidad (saña) que vituperaras, ¿acaso no debiste atender a lo demás que te obligara a la alabanza de su naturaleza? Pues tenía alma y cuerpo; aquella vivificante, este inspirado por la vida: dado que aquella regía, este obedecía; aquella precedía, este seguía; aquella contenía, este no se desparramaba; aquella movía en números, este se estabilizaba por una numerosa trabazón de miembros. ¿Acaso no te mueve a alabanza en este solo príncipe, o la paz ordenada, o el orden pacificado? Pero lo que se ha dicho de uno, puede entenderse de los demás. ¿Pero era en verdad fiero e inmanente contra los otros? No alabo esto, sino aquellas cosas tan grandes que no quieres atender. Las cuales si, amonestado, las mira y considera cualquiera que haya creído temerariamente a Maniqueo, reconoce sin duda que cuando habla de estas naturalezas, habla de

ciertos bienes, pero no de los sumos e infabricados, como es Dios la una Trinidad, ni de estos fabricados que están ordenados sublimemente, como son los santos Ángeles y las potencias beatísimas: sino de los bienes ínfimos y ordenados en lo último de las cosas según el módulo de su género; los cuales, mientras se comparan con los superiores, son considerados dignos de vituperio por los inexpertos; y mientras se considera cuánto les falta de bien, que en aquellos está presente, la ausencia de ese mismo bien tiene el nombre de mal. Y yo ciertamente por eso discuto así sobre estas naturalezas, porque se nombran aquellas que nos son conocidas en este mundo. Pues conocemos las tinieblas, las aguas, los vientos, el fuego, el humo; conocemos también los animales: serpientes, nadadores, voladores, cuadrúpedos, bípedos: en todos los cuales, excepto las tinieblas, que, como dije, no son otra cosa que la ausencia de luz, las cuales se discernen con los ojos por no ver, como el silencio con los oídos por no oír; no porque las tinieblas sean algo, sino porque la luz no es; como no porque el silencio sea algo, sino porque el sonido no es: exceptuadas, pues, las tinieblas en esta enumeración, las demás cosas son naturalezas, y conocidas por todos; cuya especie, porque en cuanto que existe, es loable y buena, nadie prudente la aliena de Dios autor de todos los bienes.

CAPÍTULO XXXII.

35. Maniqueo ordenó sus fantasmas a partir de las cosas que vio aquí. Pues aquel Maniqueo,

tal como quiso ordenar las naturalezas que aquí conoció en sus fantasmas, como en la gente de las tinieblas, es convencido de ser totalmente falso. Primero, porque las tinieblas nada pueden engendrar, como se ha dicho. Pero aquellas tinieblas, dice, no eran tales como las que conoces aquí. ¿De dónde, pues, me enseñas sobre ellas? ¿O es que tú, tan verboso prometedor de doctrina, me obligas a que crea? Pero haz que crea. Sé, sin embargo, que si no tenían alguna especie, como estas no la tienen, nada pudieron engendrar: pero si la tenían, eran mejores. Pero tú, al decir que no eran tales, quieres que se crean algunas peores. Podrías decir también que el silencio, que es para los oídos como las tinieblas para los ojos, había engendrado allí algunos animales sordos o mudos: para que cuando se te dijera que el silencio no es ninguna naturaleza, respondieras: "Pero no un silencio tal como el que conoces aquí"; para que dijeras totalmente lo que quisieras a aquellos a quienes una vez hubieras engañado para que te creyeran. Aunque aquello que le indujo a fingir que en las tinieblas nacieron serpientes pudo bien advertirse en los mismos primordios de los seres nacientes. Pero hay serpientes que ven tan agudamente, y así se regocijan con la presencia de la luz, que parecen decir un gravísimo testimonio contra él. Luego en las aguas fue fácil aprender aquí sobre los nadadores, y trasladarlos a aquellos fantasmas; así también los voladores en los vientos, puesto que el impulso de este aire más grueso en el que vuelan las aves se llama viento: pero en el fuego en verdad no sé de dónde le

vino a la mente fingir cuadrúpedos. Y sin embargo no dijo esto en vano, pero atendió poco, y erró demasiado. Pues suelen dar esta razón: que los cuadrúpedos son voraces, y hierven mucho en el coito. Pero muchos hombres superan con su voracidad a cualquier cuadrúpedo, los cuales ciertamente son bípedos, a quienes dice ser hijos no del fuego, sino del humo. En los gansos en verdad no se encuentra fácilmente nada más voraz: a los cuales, ya los ponga en el humo, porque son bípedos; ya en las aguas, porque aman nadar; ya en los vientos, porque son plumados y a veces vuelan: ciertamente no pertenecen al fuego según su distinción. En lo que respecta al fervor del coito, creo que advirtió a los caballos relinchantes, y a menudo arrebatados hacia las hembras con los frenos mordidos: lo cual advertido, mientras quiere escribir rápido, no atiende al gorrión casero, en cuya comparación cualquier semental resulta friísimo. Los bípedos en el humo en verdad, cuando se les pregunta por qué lo ordenó así, responden que el género de los bípedos es elado y soberbio: pues de aquí dicen que los hombres traen su origen: y puesto que el humo es globoso y como hinchado se eleva a los aires, no absurdamente advirtieron que es similar a los soberbios. Cuya observación debió bastar para dar alguna similitud de los hombres soberbios, o para formar o entender una alegoría: pero no para que por eso se crea que los animales bípedos nacen en el humo y del humo. Pues también en el polvo debieron nacer, porque a menudo con no menor ámbito y elación se eleva al cielo; y en las

nubes, porque la mayoría de las veces se exhalan de la tierra de tal modo que incluso hacen dudar a los que miran de lejos si son humo o nubes. Finalmente, ¿por qué en las aguas y en los vientos se sacó el argumento de la paciencia de habitar hacia los habitantes, porque vemos que tanto los nadadores viven en las aguas, como los voladores en los vientos? ¿El fuego en verdad y el humo no disuadieron al hombre mentiroso, para que se avergonzara de constituir allí tales moradores, a los cuales nada más absurdo podría constituirse? Pues el fuego quema y corrompe al cuadrúpedo, y el humo sofoca y mata a los bípedos. O aquí ciertamente se ve obligado a confesar que dice que aquellas naturalezas eran mejores en la gente de las tinieblas, donde quiere que todas las cosas se crean peores. Puesto que allí el fuego engendraba al cuadrúpedo y lo nutría, y lo contenía sin daño o incluso muy cómodamente. De igual modo también el humo había educado y contenía a sus bípedos sacados de su clementísimo seno, no solo sin molestia, sino vital e indulgentemente hasta aquel principado. Así se muestran estas mentiras, por la observación de las cosas que se ven en el mundo, pero concebidas por un sentido carnal menos diligente y menos experto, y paridas por fantasmas, y editadas y escritas por temeridad, haber aumentado el número de los herejes.

CAPÍTULO XXXIII.

36. Toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es buena. Pero se les debe urgir más en ese género, para que entiendan, si pueden, cuán ver-

daderamente se dice en la Católica que Dios es el autor de todas las naturalezas: de cuyo género trataba arriba cuando decía: Vitupero contigo la peste, la ceguera, la cenagosidad turbia, la horrible vehemencia, la corruptibilidad, la inmanidad (saña) de los príncipes, y cosas semejantes a estas: alaba tú conmigo la especie, la distinción, la ordenación, la paz, la unidad de las formas, las congruencias de los miembros y las numerosas paridades, los hálitos vitales y los alimentos, el temperamento de la salud, el régimen y moderamen del alma, y los servicios de los cuerpos, la similitud y concordia de las partes en cada una de las naturalezas, ya fueran las que habitaban, ya las que eran habitadas, y otras cosas de esta clase. Pues así entienden, si es que quieren atender sin pertinacia, que ya mezclan tanto bienes como males cuando hablan de aquella tierra, donde creyeron que hubo solo y el sumo mal: y así, si se quitan aquellas cosas que fueron enumeradas como malas, aquellos bienes que fueron alabados permanecen sin ningún vituperio; pero si se quitan los bienes mismos, no permanece ninguna naturaleza. Por lo cual ya ve quien puede ver que toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es un bien: porque de una misma cosa, en la cual tanto yo encontré lo que alabara, como él encontró lo que vituperara, si se quitan aquellas cosas que son buenas, no habrá ninguna naturaleza; pero si se quitan aquellas que disgustan, permanecerá la naturaleza incorrupta. Quita de las aguas el que no sean cenagosas y turbias, permanecen aguas puras y tranquilas: quita de las aguas la

concordia de las partes, no habrá aguas. Si, pues, quitado aquel mal permanece la naturaleza más purificada, pero sustraído el bien no permanece ninguna naturaleza: esto hace allí la naturaleza lo que tiene de bueno; pero lo que tiene de malo, no es naturaleza, sino contra la naturaleza. Quita de los vientos el horror y el ímpetu excesivo que te disgusta, puedes pensar en vientos leves y moderados: quita de los vientos la similitud de las partes, por la cual su cuerpo se continúa en la unidad y se pacifica consigo mismo para que sea cuerpo, ninguna naturaleza subyacerá que pienes. Sería largo proseguir con lo demás: pero es manifiesto para aquellos que juzgan sin ningún estudio de partes (parcialidad) que, cuando se conmemoran esas naturalezas, se les unen ciertas cosas por las que disgustan; las cuales, cuando las detraemos, permanecen naturalezas mejores. Por donde se entiende que ellas, en cuanto son naturalezas, son buenas: porque cuando a su vez les detraigas todo lo que tienen de bueno, no habrá ninguna naturaleza. Observad también, vosotros que queréis juzgar rectamente, a aquel príncipe inmenso; al cual si se le quita la inmanidad, atended cuántas cosas loables permanecerán: la trabazón del cuerpo, la congruencia de los miembros de un lado y de otro, la unidad de la forma, y la paz de las partes entretejidas entre sí, el orden y disposición del alma que rige y vegeta, y del cuerpo que sirve y es vegetado. Bienes todos los cuales si se quitan, y si acaso enumeré de menos, no subsistirá ninguna naturaleza en absoluto.

CAPÍTULO XXXIV.

37. La naturaleza nunca sin algún bien. Los maniqueos consideran solo los males. Pero tal vez digáis que aquellos males no pueden ser quitados de tales naturalezas, y que por eso deben ser aceptados como naturales. No se pregunta ahora qué puede o qué no puede ser quitado: sino que ciertamente no es pequeña luz para entender que todas las naturalezas, en cuanto son naturalezas, son buenas, porque sin aquellos males pueden pensarse aquellos bienes, pero sin aquellos bienes ninguna naturaleza puede pensarse. Pues sin la turbación del cieno puedo pensar en las aguas: pero sin la paz de las partes continuadas, ninguna especie de cuerpo ocurre al ánimo, ni puede ser sentida de modo alguno; y por esto ni siquiera aquellas aguas cenagosas pudieron existir sin ese bien, por el cual bien se hacía que alguna naturaleza corpórea pudiera existir. Pues a lo que decís, que aquellos males no pueden ser quitados de tales naturalezas; se responde que también aquellos bienes no pueden ser quitados de tales naturalezas. ¿Por qué, pues, queréis llamar a estas cosas males naturales por razón de los males que juzgáis no poder ser quitados; pero por razón de aquellos bienes que estáis convencidos de que no pueden ser quitados, no queréis llamarlos bienes naturales?

38. Resta que preguntéis (pues esa suele ser la última palabra) de dónde son aquellos males, que yo también decía que me disgustaban. Responderé tal vez, si vosotros decís primero de

dónde son aquellos bienes, que vosotros también os veis obligados a alabar, si no queréis ser de un corazón absurdísimo. Pero ¿por qué habría de preguntar yo eso, cuando ambos confesamos que todas las cosas, cualesquiera y cuan grandes sean las que son buenas, son del único Dios, que es sumamente bueno? Resistid, pues, vosotros mismos al Maniqueo, quien pensó que tantos y tan grandes bienes que hemos conmemorado y justamente alabado, la paz y concordia de las partes en cada una de las naturalezas, la salud y valentía de los vivientes, y lo demás que ya cansa repetir, estaban de tal modo en la tierra ficticia de las tinieblas, que intentaba alienarlos de aquel Dios a quien confiesa autor de todos los bienes. Pues no vio esos bienes, mientras atendió a esto solo que disgustaba: como si alguien, aterrado por el rugido del león, y viéndolo arrastrando y despedazando los cuerpos de ganados o de hombres cualesquiera que hubiera aprehendido, se viera sacudido por tan gran temor por cierta debilidad pueril del ánimo que, mirando solo la ferocidad y la saña del león, y descuidando y pasando por alto totalmente sus demás cosas, clamara que la naturaleza de aquel viviente no solo es un mal, sino un gran mal, tanto más exageradamente cuanto más tímidamente. Pero si, domada la ferocidad, viera llevar un león manso, especialmente si nunca antes se hubiera aterrado por aquella bestia, entonces le quedaría tiempo, seguro e intrépido, para considerar y alabar la belleza del león. De lo cual yo no diré nada, sino lo que más pertenece al asunto, que puede suceder que alguna natura-

leza ofenda por algo, y nazca el odio hacia el todo: cuando es manifiesto que es mucho mejor la especie de una bestia verdadera y viva, aun cuando aterra en las selvas, que la imitada y simulada cuando es alabada pintada en una pared. Por tanto, no nos engañe él con este error, ni nos haga ciegos para considerar las especies de las naturalezas, cuando reprende en ellas ciertas cosas de tal modo que obliga a que disgusten por todas partes, porque no puede reprenderlas por todas partes: y de este modo, disponiendo el ánimo para un juicio equitativo, busquemos ya de dónde son los males con aquellos bienes, que yo también decía reprobar. Lo cual veremos más fácilmente si pudiéramos reunir todo en un solo nombre.

CAPÍTULO XXXV.

39. El mal no es otra cosa que la corrupción: la misma corrupción no es naturaleza, sino contra la naturaleza. Dondequiera que hay corrupción, allí hubo un bien. ¿Quién dudaría que todo aquello que se llama mal no es otra cosa que la corrupción? Pueden ciertamente nombrarse otros y otros males con unos y otros vocablos: pero lo que es el mal de todas las cosas, en las cuales puede advertirse algo de mal, es la corrupción. Pero la corrupción del alma perita se llama impericia; la corrupción de la prudente, imprudencia; la corrupción de la justa, injusticia; la corrupción de la fuerte, ignavia; la corrupción de la quieta y tranquila, codicia, o miedo, o tristeza, o jactancia. Después, en el cuerpo animado, la corrupción de

la salud es el dolor y la enfermedad; la corrupción de las fuerzas, el cansancio; la corrupción del descanso, el trabajo. Después, en el solo cuerpo, la corrupción de la belleza es la fealdad; la corrupción de la rectitud, la depravación; la corrupción del orden, la perversidad; la corrupción de la integridad, la escisión, o fractura, o disminución. Es largo y difícil enunciar nominalmente todas las corrupciones de estas cosas que he conmemorado y de otras innumerables; siendo así que incluso muchas que se dicen del cuerpo pueden decirse también del alma, y son innumerables las cosas en las que la corrupción tiene vocablos propios. Sin embargo, ya es fácil ver que la corrupción no daña sino en cuanto debilita el estado natural; y por eso ella no es naturaleza, sino contra la naturaleza. Que si no se encuentra en las cosas mal sino la corrupción, y la corrupción no es naturaleza, ciertamente ninguna naturaleza es mal.

40. Pero si acaso no podéis entender esto, atended a aquello: que todo lo que se corrompe es disminuido en algún bien; porque si no se corrompiera, sería incorrupto; si verdaderamente ni siquiera pudiera corromperse en absoluto, sería incorruptible. Es necesario, pues, que tanto la incorrupción como la incorruptibilidad sean un bien, si la corrupción es un mal. Pero ahora no hay ninguna cuestión sobre la naturaleza incorruptible: se trata de estas que pueden corromperse, las cuales, mientras no se corrompen, pueden llamarse incorruptas, pero no pueden llamarse incorruptibles. Pues aquello solo se llama propia-

mente incorruptible que no solo no se corrompe, sino que tampoco puede corromperse por ninguna parte. Por tanto, cualesquiera cosas que son incorruptas y sin embargo pueden corromperse, cuando hubieren comenzado a corromperse, son disminuidas por aquel mismo bien por el cual eran incorruptas; y por un gran bien ciertamente, porque la corrupción es un gran mal: y mientras pueda aumentarse en ellas la corrupción, tanto tiempo tienen un bien por el cual sean disminuidas. Por lo cual, aquellas naturalezas que él finge que estuvieron en la tierra de las tinieblas, o podían corromperse o no podían. Si no podían, eran incorruptibles, bien por encima del cual nada hay. Si podían, o se corrompían o no se corrompían: si no se corrompían, estaban incorruptas, lo cual vemos que no puede decirse sin gran alabanza; pero si se corrompían, eran disminuidas en aquel bien tan grande; si eran disminuidas en el bien, tenían un bien por el cual se disminuyeran; y si tenían un bien, aquellas naturalezas no eran el sumo mal, y toda la fábula del Maniqueo es falsa.

CAPÍTULO XXXVI.

41. De dónde es el mal, o la corrupción del bien. Pero puesto que hemos preguntado qué era el mal, y hemos conocido que este no es naturaleza, sino contra la naturaleza; consecuentemente debe preguntarse de dónde es: lo cual si él hubiera hecho, tal vez habría caído menos en estas angustias de tan gran error. Pues muy apresurada y preposteramente preguntó de dón-

de era, porque primero no había preguntado qué era: y por eso de ningún modo pudieron ocurrir al que buscaba sino vanos fantasmas, de los cuales difícilmente se despoja el ánimo muy alimentado por los sentidos carnales. Dirá, pues, alguien, no ya deseando contender, sino no errar: ¿De dónde es esta corrupción, que hemos descubierto ser como un mal general de las cosas buenas, pero sin embargo corruptibles? Quien tal busca, pronto encuentra si busca la verdad con gran ardor, y llama piadosamente con constante perseverancia. Pues a través de los hombres puede hacerse alguna conmemoración por signos de palabras: pero enseña un solo verdadero Maestro, la misma Verdad incorruptible, el solo Maestro interior: el cual también se hizo exterior para revocarnos de las cosas exteriores a las interiores; y tomando la forma de siervo, para que su sublimidad se diera a conocer a los que se levantan, se dignó aparecer humilde a los que yacen. En su nombre seamos suplicantes, y a través de él implorando la misericordia del Padre busquemos estas cosas. Pues primero puede responderse brevísimamente a los que preguntan de dónde es la corrupción, cuando se dice: De aquello de que estas naturalezas que pueden corromperse no fueron engendradas de Dios, sino hechas por él de la nada: las cuales, puesto que la razón superior demostró que son buenas, nadie puede decir rectamente: Dios no hubiera hecho cosas buenas. Pero si dijere: Las hubiera hecho sumamente buenas; es necesario que entienda que el sumo bien es él mismo, que hizo estos bienes.

CAPÍTULO XXXVII.

42. Solo Dios es sumamente bueno. ¿Qué de malo, dices, sucedería si también estas cosas se hicieran sumamente buenas? Y sin embargo, si alguien de nosotros preguntara, aceptado y creído que Dios Padre es el sumo bien, si hubiera otro sumo bien, de dónde nos parecería piadosamente que sería, de ningún modo responderíamos recatadamente sino: de Dios Padre, que es sumamente bueno. Lo que, pues, es de él, recordemos que es nacido de él, no hecho por él de la nada, y por eso también esto es sumamente, esto es, incorruptiblemente bueno: y vemos que injustamente se exige que sean tan sumamente buenas las cosas que hizo de la nada, como es sumamente bueno aquel a quien engendró de sí mismo: al cual, si no hubiera engendrado a uno solo, no habría engendrado lo que él mismo es, porque él mismo es uno. Por lo cual, para el Hijo único ciertamente, por quien fueron hechos por el Padre todos los bienes de la nada, se buscan hermanos imperita e impíamente, sino por aquello en que se dignó aparecer en el hombre. Pues por eso se le llama en las Escrituras tanto unigénito como primogénito: unigénito del Padre, primogénito de entre los muertos. Y vimos, dice, su gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Juan I, 14, 18): y Pablo dice: Para que él mismo sea el primogénito entre muchos hermanos (Rom. VIII, 29).

43. Que si dijéramos: No existirían ya estos bienes que han sido hechos de la nada, sino que

solamente existiría la naturaleza de Dios; tendríamos envidia de tan grandes bienes; y es voz impía pensar que es una injuria no ser esto que es Dios, y por eso no querer que exista algún bien porque Dios le es antepuesto. Te ruego, soporta, naturaleza del alma racional, el ser algo menos de lo que Dios es, y tanto menos que después de él no haya nada mejor que tú. Sopórtalo, digo, y amánsate ante él; no sea que todavía te rechace a lo ínfimo, donde por las angustias penales una y otra vez el bien que eres se te vuelva vil. Eres soberbia contra Dios si te indignas de que él te anteceda; y sientes de él demasiado contumeliosamente si no te congratulas inefablemente de ser un bien tan grande que solo él sea más excelente. Lo cual, una vez constituido y afirmado, no digas aquello: Dios debió hacerme a mí como única naturaleza; no querría que después de mí se hiciera algo de bueno. Pues lo que es bueno después de Dios, ya no debió ser lo último. Y de aquí aparece máximamente cuánta dignidad te ha atribuido el que Dios, que solo a ti naturalmente te domina, haya hecho otros bienes a los cuales tú también dominaras. Ni te maravilles de que ahora no te sirvan en todo modo, y a veces incluso te atormenten: porque tu Señor tiene mayor potestad en las cosas que te sirven que tú en ellas, como en siervos de sus siervos. ¿Qué tiene, pues, de extraño si para ti que pecas, esto es, que no obedeces a tu Señor, se volvieron penales aquellas cosas sobre las que dominabas? Pues ¿qué hay tan justo, y qué más justo que Dios? Pues esto mereció la naturaleza humana en Adán, sobre lo cual ahora no es lugar

de disputar: pero sin embargo el dominador justo es aprobado tanto por los premios justos como por los justos suplicios, por la beatitud de los que viven rectamente y la pena de los que pecan. Ni tampoco has sido abandonada sin misericordia, tú que por ciertas medidas de las cosas y de los tiempos eres llamada para que vuelvas. Así, por el recto moderamen del altísimo Creador se ha llegado hasta los bienes terrenos, que se corrompen y se reforman, para que tuvieras consuelos mezclados con el suplicio; para que tanto alabaras a Dios deleitada por el orden de los bienes, como refugiaras en él ejercitada por las experiencias de los males. Así, en cuanto te sirven las cosas terrenas, te enseñan que eres su señora; en cuanto, empero, son molestas, te enseñan que sirvas a tu Señor.

CAPÍTULO XXXVIII.

44. La naturaleza de Dios, la corrupción de la nada. Por lo cual, aunque la corrupción sea un mal, y aunque no sea del Creador de las naturalezas, sino que sea de aquello de que han sido hechas de la nada: sin embargo ella misma, rigiendo y gobernando él todas las cosas que hizo, está de tal modo ordenada que no daña sino a las naturalezas ínfimas para el suplicio de los condenados, y para el ejercicio y amonestación de los que vuelven, para que se adhieran al Dios incorruptible y permanezcan incorruptos, lo cual es nuestro único bien; como se dice por el profeta: Para mí, empero, adherirme a Dios es un bien (Salmo LXXII, 28). Ni digas aquello: Dios no

hiciera naturalezas corruptibles. Pues en cuanto son naturalezas, Dios las hizo: en cuanto empero son corruptibles, no las hizo Dios; pues no es de aquel la corrupción, que solo es incorruptible. Si captas esto, da gracias a Dios: si lo captas, aquíétate y no quieras condenar temerariamente lo aún no entendido; y suplicante ante aquel que es la luz de la mente, atiende para que entiendas. Pues cuando se dice: naturaleza corruptible, no se dice uno, sino dos nombres. Igualmente, cuando se dice: Dios hizo de la nada, no oímos uno, sino dos nombres. Atribuye, pues, a cada uno de estos aquellas cosas singulares, de modo que cuando oigas naturaleza, pertenezca a Dios; cuando oigas corruptible, a la nada: de tal modo, sin embargo, que las mismas corrupciones, aunque no sean del arte de Dios, estén sin embargo en su potestad para ser dispuestas, según el orden de las cosas y los méritos de las almas. Por eso rectamente decimos que de él es el premio y el suplicio. Pues de tal modo no hizo la corrupción que puede entregar a la corrupción a aquel que hubiere merecido ser corrompido, esto es, que él mismo comenzó a corromperse pecando, para que sienta la corrupción atormentadora aun sin querer, quien cometió la corrupción halagadora queriendo.

CAPÍTULO XXXIX.

45. De qué modo los males son de Dios. Pues no solo en el Antiguo Testamento está escrito: Yo hago los bienes y creo los males (Is. XLV, 7); sino más evidentemente en el Nuevo, donde el Señor dice: No temáis a los que matan el cuerpo

y después no tienen más que puedan hacer; mas temed a aquel que, después de haber matado el cuerpo, tiene potestad de echar el alma en la gehenna (Mat. X, 28 y Luc. XII, 4). Que a la corrupción voluntaria se añade por el juicio divino la corrupción penal, lo atestigua manifestamente el apóstol Pablo cuando dice: Pues el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros: quienquiera que corrompiere el templo de Dios, Dios le corromperá a él (I Cor. III, 17). ¡Si esto se hubiera dicho en la ley antigua, con qué invectivas acometerían estos acusando a Dios como si fuera un corruptor! Temiendo la cual palabra, muchos intérpretes latinos no quisieron decir "corromperá", sino que dijeron: "Dios le perderá"; e incluso no desviándose de la realidad misma, evitaron la ofensa del vocablo. Aunque estos no menos arremeterían contra un Dios perdedor si encontraran esto en la ley antigua o en los profetas. Pero son convencidos por los ejemplares griegos, en los cuales está escrito clarísimamente: Quienquiera que corrompiere el templo de Dios, Dios le corromperá a él. Que si alguien les pregunta cómo ha sido dicho, para que no se piense que Dios es un corruptor, exponen al punto que "corromperá" ha sido dicho por "entregará a la corrupción", o de cualquier otro modo que pueden. Con el cual ánimo si estuvieran ante la ley antigua, entenderían allí muchas cosas admirables, y las cosas aún no entendidas no las desgarrarían con odio, sino que las diferirían con honor.

CAPÍTULO XL.

46. La corrupción tiende al no ser. Que si alguien no cree que la corrupción es de la nada, propóngase estas dos cosas, el ser y el no ser, como de partes diversas; para gracia de la inteligencia, para que caminemos más lentamente con los lentos: luego constituya en medio algo, como por ejemplo el cuerpo de un viviente, y pregunte esto consigo mismo: mientras se forma aquel cuerpo y nace, mientras aumenta su especie, se nutre, convalece, se robustece, se decora, se afirma, en cuanto permanece y en cuanto se estabiliza, ¿hacia qué parte tiende, si hacia el ser o hacia el no ser? No dudará que ciertamente es algo incluso en sus mismos primordios; pero cuanto más se estabiliza y afirma en la forma, en la especie y en la valentía, tanto más sucede que es, y tiende hacia aquella parte donde ha sido puesto el ser. Ahora, pues, comience a corromperse; debilítese todo aquel estado, lánguidan las fuerzas, marchítese el vigor, afee la forma, disuélvase la trabazón de los miembros, consúmase y desaparezca la concordia de las partes: pregunte también ahora, por esa corrupción, hacia dónde tiende, si hacia el ser o hacia el no ser: no le creo hasta tal punto ciego y lento que dude qué responderse a sí mismo, y no sienta que cuanto más se corrompe cada cosa, tanto más tiende al perecimiento. Pero todo lo que tiende al perecimiento, tiende al no ser. Puesto que, pues, debe creerse que Dios es inmutable e incorruptiblemente, y que aquello que se llama nada es manifiesto que es íntegramente el no ser: y cuando te hubieres propuesto estas cosas, el ser y el no ser, y hubieres conocido que

cuanto más aumenta la especie, tanto más tiende cada cosa a ser; y cuanto más aumenta la corrupción, tanto más tiende a no ser: ¿por qué dudas decir en cada naturaleza corruptible qué hay en ella de Dios y qué hay de la nada, siendo la especie según la naturaleza y la corrupción contra la naturaleza? Porque la especie aumentada obliga a ser, y confesamos que Dios es sumamente; empero la corrupción aumentada obliga a no ser, y consta que lo que no es, es nada. ¿Por qué, digo, dudas decir, en la naturaleza corruptible, a la que llamas tanto naturaleza como corruptible, qué es de Dios y qué es de la nada? ¿Y por qué buscas una naturaleza contraria a Dios, a quien si confiesas que es sumamente, ves que no tiene contrario?

CAPÍTULO XLI.

47. La corrupción es de nosotros por el permiso de Dios. ¿Por qué, pues, dices, lo que Dios dio a la naturaleza lo quita la corrupción? No lo quita sino donde Dios lo permite: pero allí lo permite donde lo juzga ordinatísimo y justísimo, según los grados de las cosas y según los méritos de las almas. Pues también la especie de la voz emitida pasa, y es destruida por el silencio; y sin embargo, nuestro discurso se realiza por la desaparición y sucesión de las palabras que pasan, y es distinguido decente y suavemente por moderados intervalos de silencios: así se tiene también la ínfima belleza de las naturalezas temporales, de modo que se realiza por el tránsito de las cosas, y se distingue por la muerte de los que nacen. De cuya belleza, si nuestro sentido y memoria

pudiera captar el orden y los modos, tanto nos gustaría que los defectos por los que se distingue ni siquiera nos atreveríamos a llamarlos corrupciones. Pero el que trabajemos en una parte de su belleza es cuando nos abandonan las cosas temporales fluyentes que amamos, y pagamos las penas de los pecados, y somos amonestados a amar las cosas sempiternas.

CAPÍTULO XLII.

48. Exhorta al sumo bien. No busquemos, pues, en esta belleza lo que no ha recibido; la cual por eso es ínfima, porque lo que buscamos no lo ha recibido: y en lo que ha recibido, alabemos a Dios, porque dio tan gran bien de especie incluso a esta, aunque ínfima cosa. Ni sin embargo nos adhiramos a ella como sus amantes: sino que, como alabadores de Dios, trascendámosla, para que, colocados sobre ella, juzguemos acerca de ella, y no conectados a ella seamos juzgados en ella. Y apresurémonos hacia aquel bien que ni se desplaza por los lugares ni es revuelto por el tiempo, y de donde reciben especie y forma todas las naturalezas locales y temporales. Para ver lo cual, limpiemos el corazón por la fe de nuestro Señor Jesucristo, quien dice: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Pues no conviene que se preparen aquellos ojos para discernir aquel bien con los cuales se discierne esta luz difundida por los lugares, y no íntegra en todas partes, sino teniendo una parte aquí y otra en otro lugar. Antes bien, purguemos aquel aspecto y agudeza por la que

se discierne, cuanto en esta vida es lícito, qué es lo justo, qué lo piadoso, cuál es la belleza de la sabiduría: las cuales cosas, quienquiera que las discierne, las antepone por mucho a la plenitud de todos los espacios locales; y siente que, para discernir estas cosas, no se difunde por los espacios de los lugares la agudeza de su mente, sino que se estabiliza por una potencia incorpórea.

CAPÍTULO XLIII.

49. Conclusión. Para cuya visión son muy enemigas las fantasías que nuestro pensamiento, traídas del sentido carnal, revuelve y contiene imaginariamente; detestemos esa herejía que, siguiendo la fe de sus fantasías, tanto disgregó y difundió la sustancia divina por los espacios de los lugares, aunque infinitos, como una mole informe, y la truncó por una parte para encontrar lugar al mal; el cual no pudo ver que no es naturaleza, sino contra la naturaleza. y al mismo mal lo decoró con tanta especie y formas y paz de las partes vigente en cada una de las naturalezas, porque sin estos bienes ninguna naturaleza podía pensar, de modo que aquellos males que allí reprende quedan sepultados por la abundancia de innumerables bienes. Pero sea este el término de este volumen: en lo demás, sus otros delirios serán argüidos con el permiso y la ayuda de Dios.